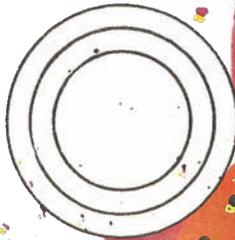


EDICIÓN  
HOMENAJE  
CUENTOS  
DE POLIDORO



# Los clásicos



Presidencia  
de la Nación

Ministerio de  
Educación

**PRESIDENTA DE LA NACIÓN**

Cristina Fernández de Kirchner

**MINISTRO DE EDUCACIÓN**

Alberto Sileoni

**SECRETARIO DE EDUCACIÓN**

Jaime Perczyk

**JEFE DE GABINETE**

Pablo Urquiza

**SUBSECRETARIO DE EQUIDAD Y CALIDAD EDUCATIVA**

Gabriel Brener

EDICIÓN  
HOMENAJE  
CUENTOS  
DE POLIDORO



# Los clásicos



Subsecretaría de Equidad  
y Calidad Educativa  
**Ministerio de Educación**  
Presidencia de la Nación



## **PLAN NACIONAL DE LECTURA**

### **Coordinadora Plan Nacional de Lectura**

Adriana Redondo

### **Coordinadora editorial**

Natalia Volpe

### **Investigación biográfica**

Jéssica Presman

Silvia Pazos

### **Diseño**

Juan Salvador de Tullio

Elizabeth Sánchez

Mariel Billinghamurst

### **Digitalización de ilustraciones**

Nahuel Cañada

### **Revisión**

Silvia Pazos

Agradecemos a:

Los autores, ilustradores y sus herederos, a quienes les dedicamos esta Edición Homenaje.

Beatriz Ferro y Beatriz Doumerc, por haber avalado la iniciativa con entusiasmo.

Isol por promover este proyecto; a Judith Gociol y Pablo Medina por el asesoramiento.

Y a todos los que nos brindaron su aporte: Irene Spivacow, Miguel Spivacow, Mariana Díaz, Gabriel Barnes, Pablo Conti,

Nelda Abed, Lorenzo Amengual, María Teresa Andruetto, Lidia Blanco, Guillermo David, Laura Devetach, Susana Fitere, Istvansch,

Susana Itzcovich, Juan Lima, Ángela Ruggiero, Julia Saltzmann, Carlos Silveyra, Amanda Toubes.

ALLJA, Asociación La Nube, Argentores, Biblioteca Nacional, CEDILIJ.

La publicación de los textos e ilustraciones ha sido autorizada por sus autores y/o herederos, salvo en aquellos casos en que las búsquedas no permitieron hallar datos.

Los clásicos / Hans Christian Andersen ... [et.al.] ; adaptado por Horacio Clemente y Beatriz Ferro ; ilustrado por Ajax Barnes ; Oscar Grillo ; Napoleón. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ministerio de Educación de la Nación, 2014. 144 p. : il. ; 25x19 cm. - (Homenaje Cuentos de Polidoro / Adriana Redondo; 2)

ISBN 978-950-00-1040-5

1. Fomento del Libro y la Lectura. I. Andersen, Hans Christian II. Clemente, Horacio, adapt. III. Ferro, Beatriz, adapt. IV. Barnes, Ajax, ilus. V. Grillo, Oscar, ilus. VI. Napoleón, ilus. CDD 028

Fecha de catalogación: 11/09/2014

# Prólogo

Los Cuentos de Polidoro vuelven a las manos de niñas y niños, a las de sus padres, abuelos y educadores. Esta *Edición homenaje* publicada por el Ministerio de Educación de la Nación es un genuino reconocimiento a la producción innovadora en libros infantiles que desplegó el Centro Editor de América Latina.

De la mano de Boris Spivacow, junto a un entusiasta y creativo grupo de colaboradores, este proyecto editorial de vanguardia se sostuvo en nuestro país desde 1966 hasta 1995. Sus colecciones promovieron la democratización de la cultura nacional y universal a través de materiales accesibles, atractivos y de excelente calidad para todas las edades.

En esta edición de los Cuentos de Polidoro, se reúne una selección de narraciones que en varios tomos entrelaza cuentos clásicos, leyendas latinoamericanas y mitos europeos junto a las inefables historias de Don Quijote de la Mancha. Valiosos autores, adaptadores e ilustradores hicieron de cada una de ellas un encuentro con la belleza, el humor y la imaginación.

Estos libros pasan ahora a formar parte de un conjunto más amplio, conformado por los miles de títulos y millones de ejemplares que a lo largo de estos años hemos enviado a todas las escuelas de nuestra patria, para promover y afianzar la lectura de nuestros niños y jóvenes. En ese universo de palabras e imágenes que hemos puesto a disposición de nuestros docentes, estamos seguros de que ellos sin duda brillarán con luz propia en cada una de las bibliotecas escolares donde sean acogidos.

Queda, entonces, solo compartirlos y disfrutarlos.

Alberto Sileoni

---

**Ministro de Educación**

## La vuelta de un Quijote

“¿Tengo que enterarme de estas cosas por los libros?”, inquiriere el rey en “El ruiseñor”, uno de los relatos que integran esta Edición Homenaje a *Cuentos de Polidoro*, la serie publicada por el Centro Editor de América Latina (CEAL), del mítico Boris Spivacow.

“¡Su Majestad no debe creer en todo lo que lee!”, le responde un servidor. Pero el monarca insiste.

El proyecto esbozado por el editor, por el diseñador Oscar Negro Díaz y por la escritora Beatriz Ferro (pasadas las 60 entregas fue reemplazada por Susana Bahamonde) se concretó en 1967, un año después de fundado el sello. Traducciones, adaptaciones y versiones libres de cuentos clásicos y libres de derechos que se hacían eco de las innovaciones –determinantes para el rumbo que tomó la literatura infantil– impulsadas por poetas como María Elena Walsh y Javier Villafañe, quienes se dirigían a chicas y chicos con inteligencia y sin didactismos. Los *polidores* explotaban el humor, la ironía, el absurdo y el desparpajo con un lenguaje directo y cotidiano, en un abanico que va desde cuentos duramente crueles a historias de inmensa poesía.

Leídas en esta reedición, algunas de estas historias pueden resultar políticamente incorrectas para los parámetros actuales: desde un padre que acompaña pasivamente el abandono de sus hijos y un chico que roba y mata a un gigante sin ser castigado, hasta relatos que se refieren a los indios y no a las culturas originarias. Un valor adicional de esta nueva publicación es poder poner en debate las concepciones culturales de entonces y de ahora.

El mayor impacto lo causaba –y todavía lo causa– el tratamiento gráfico de la serie: bellas y variadas técnicas pictóricas y de diseño que sorprendían, desconcertaban y provocaban a los chicos, en un momento en que las ilustraciones estaban más bien relegadas a una función de paratextos. Aquí las imágenes no acompañan a las palabras sino que posibilitan una lectura independiente. Los *polidores* fueron ilustrados por dibujantes sabiamente detectados, que por esos años publicaban sus primeros trabajos y luego fueron reconocidos artistas.

Con esta serie, además, el Centro Editor probó la venta semanal en quioscos,

un sistema que resultó un éxito sin precedentes y se volvió una marca de fábrica, junto a otra gran innovación: la publicación de materiales en fascículos. Pero sin duda, lo más revolucionario del proyecto de Spivacow fue la combinación entre precio, cantidad y calidad. El editor sostenía que un libro debía costar “el equivalente a un kilo de pan”. Y no hay nada más sabiamente subversivo –en el mejor sentido de la palabra– que relacionar estos dos alimentos básicos.

El CEAL llegó a lanzar unos 5.000 títulos en más de 70 colecciones y, aún desde el ámbito privado, resultó la propuesta *pública* de promoción de la lectura de mayor envergadura que tuvo este país. Por eso, que esta nueva publicación parta de un ámbito oficial es una señal digna de destacar.

Los 80 relatos que componen los *Cuentos de Polidoro* tuvieron por lo menos tres ediciones realizadas por el propio Centro (1967/1977/1985) y luego compilaciones en tapa dura como *El mundo encantado de los cuentacuentos*, *Cuentos para niños* y *Los hermosos libros*, algunas de las cuales se vendían a crédito. Varios títulos de la serie fueron reeditados en México –en convenio con la Secretaría de Educación Pública– y también aparecieron en Bolivia en una tirada especial de la Secretaría Nacional de Educación. Prueba de que se trataba de un material de avanzada es que cada una de esas veces suscitó un gran interés.

Los tomos que ahora se presentan no incluyen el contenido total de los fascículos lanzados a partir de 1967, sino una selección reagrupada, basada –quizás– más en la potencia gráfica que en los contenidos de los relatos.

En la versión original, el último libro publicado es *La vuelta de Don Quijote*, un bello canto de amor a la literatura. Que esta colección empiece con esa misma historia es, además, otro gesto de reconocimiento a Spivacow, considerado por muchos un Quijote: un editor voraz, soñador y empedernido que, como el monarca de “El ruiseñor”, encontró en los libros la verdad.

---

Judith Gociol

**Periodista e investigadora de temas culturales**

---

# Tesoro recobrado

Durante los últimos años, con varias personas y en algunos artículos hablé de mis ansias por ver publicada una reedición de los Cuentos de Polidoro, que hasta hoy eran libros de culto para algunos memoriosos. Conversamos en distintas oportunidades con Beatriz Ferro, que agradeció y se interesó mucho por la iniciativa. También se entusiasmó Beatriz Doumerc (escritora y esposa de Ajax Barnes). Lamentablemente no pudieron ver este proyecto concretado. Es raro lo que sucede con los libros que uno ama, y más con los que acompañaron en la infancia. Son parte de la familia, serán personajes de nuestros sueños para siempre.

Me emociona pensar que esta edición es un homenaje, un agradecer. A todos esos escritores y dibujantes les agradezco el hecho de no haber mezquinado la emoción y la búsqueda en el trabajo a realizar, sin prejuicios acerca de su público infantil, con respeto por el lector y por su propia creación, poniendo toda la carne al asador en lo que hacían. Contagian libertad. Y por suerte no me habían vacunado contra eso.

Ilustradores como Sábat, Ajax Barnes, Napoleón, Grillo, Alba Ponce y otros de los que participaron en esta colección hicieron unos dibujos que se quedaron a vivir en mi retina, casi como un criterio estético. Sus imágenes constituyen mi folclore como ilustradora, una mirada que me influyó y me sedujo de niña con la lectura de esas fascinantes historias. Y siguen siendo apetitosas al paladar contemporáneo como si fueran manzanas frescas... Cuando muestro estas obras en el exterior se quedan con la boca abierta por su potencia y libertad estética.

El hecho de que vuelvan para nuevas generaciones de argentinos es riqueza cultural recobrada, y siento mucho orgullo de esta herencia. Una alegría, además, que se distribuyan en escuelas y bibliotecas de todo el país. No se me hubiera ocurrido un plan mejor ni un homenaje más lindo.

¡Ahora, a disfrutar!

Isol

---

**Ilustradora**

---

## Participan de esta colección

## Quiénes escriben



### Hans Cristian Andersen

Dinamarca, 1805-1875. Publicó poesía, teatro, novelas y libros de viaje, aunque se popularizó por los cuentos de hadas. Entre sus más de 150 relatos, se encuentran *El patito feo*, *El soldadito de plomo*, *La Sirenita*, *El ruiseñor* y *El traje nuevo del emperador*. Ha sido traducido a más de 80 idiomas y sus cuentos fueron adaptados a ballet, cine, teatro y obras plásticas.



### Charles Perrault

Francia, 1628-1703. Trabajó como funcionario y compuso muchas loas al rey Luis XIV. Recién a los 55 años publicó *Historias o cuentos del pasado*, más conocido como *Cuentos de mamá Oca*, primera edición escrita de, entre otros, *Caperucita Roja*. Se trata de uno de los primeros trabajos de recopilación de las historias de tradición oral. A cada relato, Perrault le agregó sobre el final una sentencia o enseñanza moral.



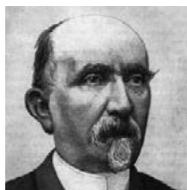
### Jakob Grimm y Wilhelm Grimm

Alemania, 1785-1863 y 1786-1859. Tras egresar de la Universidad de Marburgo, se dedicaron al estudio de la lengua, tanto desde la investigación como desde la docencia. Su gran interés por los cuentos folclóricos se concretó en la publicación de *Cuentos para la infancia y el hogar* (1812 y 1815), una recopilación en dos volúmenes de antiguos relatos de tradición oral adaptados para niñas y niños, como *Cenicienta*, *Rapunzel*, entre otros.



### Miguel de Cervantes Saavedra

España, 1547-1616. Poeta y dramaturgo, es considerado el gran representante de la lengua española y uno de los padres de la novela moderna. En 1605 publicó *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* y diez años después su continuación, *El ingenioso caballero don Quijote de la Mancha*. Las andanzas del hidalgo y su compañero Sancho Panza parodian los relatos de caballería y se convirtieron en un éxito inmediato. Hasta hoy, es el libro más traducido y editado de la historia, solo superado por la *Biblia*.



### Carlo Collodi

Italia, 1826-1890. Periodista y autor, escribió novelas y comedias, e ingresó a la literatura infantil en 1875 con *Racconti delle fate*, una traducción de los cuentos de hadas en francés de Charles Perrault. En 1880 comenzó a publicar por entregas *Storia di un burattino* (Historia de un títere) también llamado *Bambinino*, que salía semanalmente en *Il Giornale dei Bambini* (el primer periódico italiano para niños). Esa serie integrará luego *Las aventuras de Pinocho*.

## Quiénes cuentan



### Horacio Clemente

Argentina, 1930.

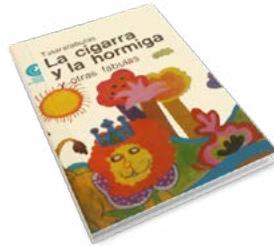
Escritor, periodista, fotógrafo; historietista de *Misterix* y *Rayo rojo*. Sus cuentos para chicos se publicaron en diarios y revistas infantiles, como *Humi* y en muchas editoriales. En el CEAL escribió para Cuentos de Polidoro, adaptando relatos de *Las mil y una noches*; también participó de la colección Libros del Quirquincho bajo la dirección de Graciela Montes.



### Neli Garrido de Rodríguez

Argentina, 1942.

Escritora. Fue titiritera, docente y periodista en diversos medios. Su obra fue distinguida, entre otros, por la SADE (*Leyendas argentinas*) y por la Cámara Argentina de Publicaciones (*100 Cuentos*). Para la colección Cuentos de Polidoro escribió *El príncipe que perdió la risa*, *El bada Globo Azul*, entre otros.



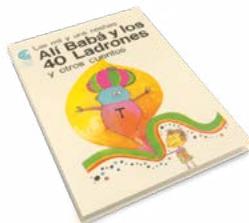
### Beatriz Doumerc

(Beatriz Barnes)

Argentina, 1929-2014.

Escritora, formada en Bellas Artes. En colaboración con su marido, el ilustrador Ajax Barnes, publicó decenas de libros, principalmente dirigidos a chicas y chicos.

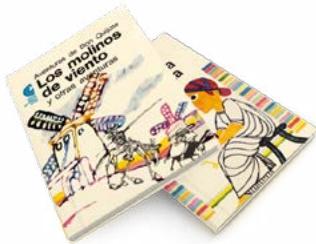
En el CEAL escribió para la colección Los cuentos del Chiribitil: *Vuela, Mariquita* y *Tatarafábulas*; para la colección El mundo encantado de los cuentacuentos; y para la colección los Cuentos de Polidoro: *La cigarra y la hormiga*, *El rey y el leopardo*, entre otros.



### Beatriz Ferro

Argentina, s/d-2012.

Escritora, periodista e ilustradora, fue precursora en la edición de libros para la infancia. En Editorial Abril, dirigida por Boris Spivacow, escribió para las colecciones Bolsillitos y Gatito, junto a Héctor Oesterheld (con el seudónimo de Héctor Puyol), Inés Malinow, Pedro Orgambide. Ideó, dirigió y redactó los fascículos de la enciclopedia *El Quillet de los niños*, con ilustraciones de Oski, Enrique Breccia, Ajax Barnes y el diseño de Oscar Negro Díaz. Junto a María Elena Walsh elaboró la *Enciclopedia Veo Veo*, de Editorial Hyspamérica. Estuvo a cargo de las colecciones infantiles de Eudeba y el CEAL, donde dirigió las míticas colecciones del Chiribitil y Cuentos de Polidoro. Fue candidata al premio Hans Christian Andersen en 2008.



## Cristina Gudiño Kieffer

Argentina, 1946.

Vive en Buenos Aires. Es autora de cuentos para chicas y chicos y colaboró en la redacción de enciclopedias infantiles. Sus relatos fueron publicados en la Argentina, España y México. En el CEAL, para la colección Cuentos de Polidoro, adaptó y escribió: *La tierra ya está hecha, Teseo y el Minotauro, Pandora, Las aventuras de Ulises, La flecha mágica*, y la serie de *Don Quijote*, entre otros.



## Inés Malinow

Argentina, s/d.

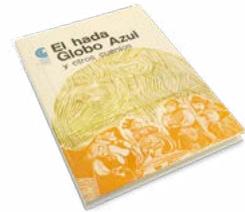
Escritora. Estudió Letras, dictó talleres de escritura, publicó poesía y narrativa. Cuenta con una vasta trayectoria en el ámbito infantil. Para la colección Bolsillitos de la Editorial Abril, creó las series Cucucito, Escamita, Inosito y Pepe Bolsillitos. En el CEAL escribió para la colección Cuentos de Polidoro: *Pinocho en el país de los juguetes; Pinocho y la ballena; Pinocho, el gato y la zorra*, entre otros.



## Aurelio Queirolo

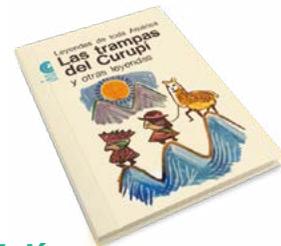
s/d. Escritor.

En el CEAL escribió para la colección Cuentos de Polidoro: *El cumpleaños de la Tía Emilia, El elefante triste, El ratón azul, La rebelión de Marfisa* y *El arroyo cantarín*.



## Beatriz Mosquera

Argentina, 1940. Vive en Buenos Aires. Escribió para la infancia: *Los cuentos del abuelo; Rulo y Pelusa; Hermanitos*; y también en la Colección Polidoro. Sus libros de lectura se publicaron en la Argentina, Perú y Venezuela. Luego se dedicó a la escritura teatral (*El llamado; La luna en la taza; La irredenta; Violeta Parra y sus voces*) y a la narrativa (*Nadie tiene por qué saberlo*, entre otros).



## Yalí

(Amelia J. Foresto de Segovia)

Argentina, s/d.

Autora de cuentos para chicas y chicos, publicó *Cuentos infantiles*. Escribió y adaptó muchos relatos que integraron la colección Cuentos de Polidoro del CEAL: *Brita y las normas, El atado de heno, El duende de la granja, En el país de los gigantes, La pajarita de papel*, entre otros.

## Quiénes ilustran

### Agi

(Magdalena Agnes Lamm)

Hungría, 1914-1996. Estudió dibujo, pintura, escultura y diseño de modas en Viena. Emigró a la Argentina en 1940. Fue premiada en el Festival Infantil Internacional, por las ilustraciones de una versión en italiano de *La Sirenita*. En Editorial Abril, participó en la colección Bolsillitos y el Diario de mi amiga. Fue muy reconocida también por sus artesanías, muñecas y tapices inspirados en el arte de pueblos originarios del noroeste argentino.



### Chacha

(Sara Amanda Conti)

Argentina, s/d-1984. Hermana mayor del historietista Oski. Artista plástica, ilustró cuentos para varias colecciones, entre otras: Bolsillitos y Gatito en Editorial Abril. En el CEAL: Los cuentos del Chiribitil, donde dibujó *Los zapatos voladores*, de Margarita Belgrano; *Viaje al País de los Cuentos*, de Graciela Melgarejo; *Chavukú*, de Sofía Laski. También ilustró para la colección Cuentos de Polidoro: *En el país de los gigantes*, *Brita y las nornas*, *El espíritu del bosque*, *El atado de beno*, entre otros.



### Ayax Barnes

Argentina, 1926-1993. Dibujante e ilustrador. Si bien la mayor parte de su tarea se concentró en libros infantiles, elaboró también afiches, papelería, envases y arte de discos. Trabajó en dos colecciones fundantes de la literatura infantil de América Latina: Cuentos de Polidoro y Los Cuentos del Chiribitil, y en la enciclopedia *El Quillet de los niños*, dirigida por Beatriz Ferro. Junto a su compañera, la escritora Beatriz Doumerc, publicó más de veinticinco obras, entre ellas *La línea*, que recibió el premio Casa de las Américas en 1975. Creó, junto a Beatriz Ferro y Oscar Díaz, el logo del elefante para la colección del CEAL.

### Ignacio Corbalán

Argentina, 1931-1999. Artista plástico y fotógrafo. Se formó en el taller de Demetrio Urruchúa y luego en fotografía y diseño. Realizó producciones fotográficas para diversas editoriales. En el CEAL, tanto en los libros infantiles como en las colecciones para adultos, hizo innumerables fotografías y portadas, como la serie Encuentro; y la colección Mi país, tu país; entre otras. Fue coautor, junto a Fermín Chávez y María Inés Duke, de muchos ejemplares de la serie La Historia Popular: Vida y milagros de nuestro pueblo.

### Amalia Cernadas

Argentina, 1939. Vive en Buenos Aires. Se dedicó intensamente a la literatura infantil como ilustradora. En el CEAL fue editora de arte y también dibujó algunos libros de la colección Cuentos de Polidoro: *Los dioses campeones*, *La selva del Yasi-Yateré*, *El árbol de la luna*, *El cuento de la noche*, entre otros.

### Gioia Fiorentino

s/d. Ilustradora, artista y escenógrafa. En el CEAL ilustró para la colección Cuentos de Polidoro: *El cumpleaños de la Tía Emilia*, *El elefante triste*, *El ratón azul*, *La rebelión de Marfisa* y *El arroyo cantarín*, entre otros.





## Marta Gaspar

Argentina, 1938. Desde mediados de los 70 vive en Europa. Artista plástica, comenzó a pintar siendo muy joven; su primera muestra fue en 1963 en Rosario. Realizó exposiciones en Nueva York, y ciudades de Italia y Francia; con su marido Napoleón (Antonio Mongiello Ricci) expuso *Mon cirque à moi*, en París en marzo de 2012. En el CEAL ilustró para la colección Cuentos de Polidoro: *La cigarra y la hormiga*, *La zorra y las uvas*, *El rey y el leopardo*, entre otros.

## Alba Ponce

Argentina, s/d. Grabadora. Entre otros, ilustradora de: *Poemas para niños*, de Elsa Bornemann, de la Colección Pétalos; *Poesía infantil. Estudio y antología*; y en el CEAL, para la colección Cuentos de Polidoro: *El hada Globo Azul*, *El príncipe que perdió la risa*, *Meñique*, entre otros.



## Oscar Grillo

Argentina, 1943. Vive en Londres. Artista plástico, ilustrador y dibujante de historietas. Estudió en la entonces vanguardista Escuela Panamericana de Arte y publicó por primera vez en la revista *Tía Vicenta*. Realizó ilustración editorial, publicidad y cine. Desde fines de los 60 trabaja en animación: junto a Ted Rockley fundó Klacto Animations donde produjo cortometrajes y comerciales; colaboró en televisión (*Popeye*) y participó en superproducciones como *Toy Story* y *Men in Black*.

## Hermenegildo Sábat

Uruguay, 1933. Vive en Buenos Aires. Artista plástico, docente, caricaturista. publicó libros de pintura, música, literatura, actualidad argentina e internacional, y realizó numerosas exposiciones. Su trayectoria ha sido distinguida con importantes premios, entre ellos Personalidad Emérita de la Cultura Argentina; el María Moors Cabot al periodismo, de la Universidad de Columbia, Nueva York; el Premio Nacional Pedro Figari de Pintura, en Uruguay; y Premio Homenaje de la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano dirigida por Gabriel García Márquez.

## Napoleón

(Antonio Mongiello Ricci)

Argentina, 1942. Vive en Francia. Artista plástico y dibujante. Comenzó a publicar a fines de los 50 en *Tía Vicenta* y más tarde en *Leoplán*, *Adán*, *Noticias*, *Satiricón*. Radicado desde 1976 en Europa –donde cambió su seudónimo por Napo–, desarrolló una intensa actividad como humorista e ilustrador en importantes editoriales y publicaciones en Francia, Alemania, España e Italia. Además, realizó exposiciones individuales y colectivas en diversos países europeos y Estados Unidos.



## Ruth Varsavsky

Argentina, 1921-2011. Estudió en la escuela Manuel Belgrano y en la Prilidiano Pueyrredón; después, unos años en el taller de escultura de Cecilia Marcovich, donde conoció a su marido, Oscar Conti, Oski. La pareja compartió la pasión por el arte con sus grandes amigos León Ferrari y su mujer Alicia. En Editorial Abril trabajó para las colecciones Bolsillitos y Gatito. En el CEAL ilustró para la colección Cuentos de Polidoro: *La pajarita de papel*; *Las alas de Bolita*, entre otros. Dibujó también el libro *Zoo loco*, de María Elena Walsh.



# PULGARCITA



---

**Escrito por:** Hans Cristian Andersen

---

**Adaptado por:** Beatriz Ferro

---

**Ilustrado por:** Ayax Barnes





Había una vez una mujer que quería tener una niña muy pequeñita pero no sabía dónde encontrarla. Así que fue a ver a una vieja bruja y le dijo:  
–¡Me gustaría tanto tener una niña muy pequeñita! ¿Cómo podría hacer para conseguirla?  
–Es muy sencillo –dijo la bruja–. ¿Ve este grano de cebada? No es de la misma que crece en el campo y que comen las gallinas. Plántelo en una maceta y verá... lo que verá.  
–¡Gracias! –dijo la mujer; y le dio doce centavos a la bruja. La mujer volvió a su casa y plantó el grano de cebada. Enseguida creció una flor grande y hermosa, parecida a un tulipán; tenía los pétalos muy cerrados porque todavía era un pimpollo.  
–Es una flor hermosa –dijo la mujer, y besó los pétalos rojos y amarillos.

Entonces, apenas les dio un beso, los pétalos se abrieron con un estampido. Sin duda, era un tulipán. Y allí, en el medio de la flor, sentada entre los estambres verdes había una niñita graciosa y delicada. Era apenas un poco más grande que medio dedo pulgar y por eso la mujer la llamó Pulgarcita.

Media nuez lustrada le sirvió de cuna; el colchón estaba hecho con pétalos de violetas y la colcha era un pétalo de rosa. Allí dormía de noche.

Durante el día, Pulgarcita jugaba sobre la mesa; la mujer había colocado un plato con una coronita de flores alrededor que mojaban sus tallos en el agua. En el medio flotaba un pétalo de tulipán, y Pulgarcita, sentada sobre él, navegaba de un borde al otro del plato ayudándose con dos crines blancas que le servían de remos. ¡Era tan lindo verla! Y también escucharla, porque sabía cantar tan dulcemente como nadie.

Pero una noche, mientras reposaba en su linda cuna, una Sapa vieja entró por un vidrio roto de la ventana. Era verdaderamente feísima, grandota, toda húmeda. De un salto cayó sobre la mesa donde dormía Pulgarcita, cubierta con sus pétalos de rosa roja.

–¡Ah! Esta sí que sería una bonita esposa para mi hijo! –dijo la Sapa. Tomó entonces la cáscara de nuez, saltó afuera a través del vidrio roto y salió al jardín.

El arroyo era grande y ancho; sus orillas, lisas y barroas; allí vivía la Sapa con su hijo.

¡Huy! ¡Sí que era feo! El vivo retrato de su madre.

Cuando vio a la encantadora Pulgarcita en su cuna de nuez, todo lo que se le ocurrió decir al hijo de la Sapa fue:



RIKY



–¡Croac! ¡Croac! ¡Brek, kek-kek!

–No hables fuerte que puede despertarse– dijo la Sapa–. Todavía puede escapársenos, porque es liviana como una pelusita de cisne. Vamos a dejarla en el medio del arroyo, sobre una hoja de nenúfar. Es tan pequeña que, para ella, será como estar en una isla. De allí no podrá escapar; nosotros, mientras tanto, arreglaremos el precioso salón debajo del barro donde vivirán ustedes dos.

En el arroyo crecían muchos nenúfares de anchas hojas que parecían flotar en el agua. La Sapa fue andando hasta el nenúfar que estaba más alejado de la orilla -que era también el más grande de todos- y depositó en él a Pulgarcita.

La pobre se despertó muy temprano a la mañana siguiente y, cuando vio donde estaba se puso a llorar tristemente. El agua rodeaba la hoja por todos lados y no había forma de llegar a tierra. La vieja Sapa trabajaba en el barro; estaba adornando el salón con lirios y nenúfares amarillos, pues tenía que quedar muy bonito para su nuera.

Luego, acompañada por su feísimo hijo, nadó hasta la hoja donde estaba Pulgarcita; iban a buscar la cama para ponerla en el dormitorio antes de que llegara Pulgarcita en persona. La vieja Sapa le hizo reverencia desde el agua y le dijo:

–Te presento a mi hijo, que va a ser tu esposo. Muy pronto van a vivir juntos y como príncipes en el barro.

–¡Croac! ¡Croac! ¡Brek, kek-kek! –eso fue todo lo que supo decir el sapito.

Después tomaron la linda camita y se la llevaron. Pulgarcita, sola en medio de la hoja verde, siguió llorando; no quería vivir en la casa de la vieja Sapa, ni casarse con el feísimo sapito.

Los pececitos del arroyo, que también habían visto a la Sapa y habían escuchado sus palabras, asomaron las cabezas fuera del agua para conocer a la niñita. Cuando la vieron tan hermosa, les dio mucha pena. ¡Pensar que tendría que vivir en medio del barro! No, de ninguna manera: ¡los pececitos no iban a permitirlo!

Todos se reunieron alrededor del tallo que sostenía la hoja de Pulgarcita y lo royeron hasta cortarlo. Y la hoja, libre, se fue navegando por el arroyo llevándose a Pulgarcita, lejos, muy lejos, adonde la Sapa no pudiese alcanzarla.

Una mariposa blanca revoloteó sobre ella y, por fin, se posó en la hoja. Las dos estaban contentas: la mariposa, porque le encantaba Pulgarcita, y Pulgarcita, porque se alejaba cada vez más de la Sapa. Pasaron por lugares maravillosos, y el sol reflejaba su oro en el agua. La pequeñita se sacó el cinturón y ató una punta a la mariposa y la otra a la hoja. Entonces, la mariposa levantó vuelo y la hoja se deslizó rápido por el agua.

Un abejorro grandote que volaba por allí, al ver a Pulgarcita, fue hasta ella, la tomó con sus pinzas de la cintura y, volando, se la llevó a un árbol.

La hoja verde siguió flotando, y la mariposa con ella, atada con la cinta, sin poder desprenderse. ¡Cielos! ¡Qué susto se dio Pulgarcita cuando el abejorro la llevó al árbol! Pero, sobre todo, ¡qué pena le dio la bella mariposa blanca, atada a la hoja! Seguramente, nunca iba a poder liberarse y moriría de hambre. Pero al abejorro nada de esto le importaba un comino. Se posó con la niña sobre una de las hojas más grandes del árbol, le dio a comer la parte dulce de las flores y dijo que Pulgarcita era muy linda, aunque no se pareciese en nada a un abejorro.



Más tarde llegaron de visita los otros abejorros que vivían en el árbol. Las señoras abejorros miraron a Pulgarcita, se encogieron de antenas y dijeron:

—¡Qué fea! ¡No tiene más que dos piernas!

—¡Y ni una sola antena! —gritó otra señora abejorro.

—¿Y ese talle tan fino? ¡Puaj! Parece un ser humano. ¡Es horrible!

Las señoras abejorros estaban todas de acuerdo. Sin embargo, Pulgarcita era tan encantadora, que hasta el abejorro que la había raptado se daba cuenta. Solo que, cuando escuchó decir que era feísima, él mismo llegó a creerlo y ya no quiso tenerla junto a él, ¡que se fuera adonde se le diese la gana!

La bajaron del árbol entre todos y la colocaron sobre una margarita; Pulgarcita lloró: ¿era tan fea, que los abejorros no podían ni verla? Y, sin embargo, era lo más encantador que uno pueda imaginarse, delicada y tierna como un pétalo.

Durante todo el verano vivió sola en el gran bosque. Se tejió una cama con briznas de pasto y la colgó debajo de una planta de hojas anchas, para estar al abrigo de la lluvia. Se alimentaba del

néctar de las flores y bebía el rocío que amanece sobre las hojas. Pasaron el verano y el otoño; y llegó el invierno, largo y frío. Los pájaros que habían cantado para ella con dulzura, volaron lejos; las plantas y los árboles quedaron desnudos; la gran hoja que le servía de techo se encogió hasta no quedar de ella más que un tronco seco y amarillo. Entonces sintió un frío tremendo porque su ropa estaba hecha jirones. ¡Pobre Pulgarcita, tan pequeña y frágil y a punto de helarse!

Comenzó a nevar, y cada copo de nieve que le caía encima era como una palada que cayese sobre uno de nosotros, porque nosotros somos altos y grandes, pero ella medía menos de una pulgada. Se envolvió con una hoja seca, pero no consiguió calentarse; siguió temblando de frío. Cerca del bosque se extendía un gran campo de trigo; hacía ya tiempo que había sido cosechado y solo quedaba el rastrojo seco sobre la tierra helada. Para ella, ese campo de trigo era como una selva por la que se aventuró a caminar, ¡ay!, temblando de frío. Caminando, llegó a la puerta de la Rata de Campo.

La Rata de Campo había hecho su cueva bajo el rastrojo. Allí vivía, cómoda y abrigada; tenía un cuarto colmado de granos de trigo, que era una maravillosa cocina y despensa.

La pobre Pulgarcita se detuvo en la puerta como una mendiga y pidió un trocito de cebada, pues hacía dos días que no probaba ni el bocado más pequeño.

–¡Pobre criaturita! –exclamó la Rata de Campo, que era buena en el fondo–. Entra a mi cuarto tibio y come conmigo.

Pulgarcita le resultó simpática, y le propuso:

–Si lo deseas, puedes quedarte todo el invierno, pero tendrás

que limpiar y ordenar el cuarto, y contarme cuentos,  
que eso me gusta mucho.

Pulgarcita hizo todo lo que le pidió la vieja Rata y lo pasó  
muy bien.

–Pronto tendremos visitas –dijo la Rata–. Mi vecino tiene  
por costumbre venir una vez a la semana. Está aun en mejor  
posición que yo; tiene grandes salones y luce una hermosa piel  
negra aterciopelada. Si consigues casarte con él podrías darte  
por muy contenta. Eso sí, te advierto que no ve nada. Cuando  
venga, le contarás tus cuentos más bonitos.

Pulgarcita no se entusiasmó; ni soñaba casarse con el vecino,  
que era un Topo.

El Topo llegó de visita vistiendo su chaqueta de terciopelo





negro. Y la Rata de Campo no se cansó de repetir que era muy rico y entendido, que tenía una casa veinte veces más grande que la de ella y que a pesar de tener tantos



conocimientos, no le gustaban el sol ni las flores y hablaba muy mal de ellos, aunque no los había visto jamás.

Pulgarcita tuvo que cantar, y cantó “Vuela, Abejorro” y “Cuando el monje viene al campo”. Al escuchar su voz deliciosa, el Topo se enamoró de ella, pero no se le declaró, porque era de carácter tranquilo.

Poco tiempo atrás había cavado un largo túnel que unía las dos casas; Pulgarcita y la Rata de Campo tenían permiso para pasearse por él todo lo que quisieran. Para que no se asustaran, el Topo les previno que en la mitad del pasadizo había un pájaro muerto. Era, dijo, un pajarito completo, con alas y pico. Parecía muerto hacía poco, al comienzo del invierno, y estaba enterrado precisamente donde él había hecho el túnel.

El Topo tomó entre sus dientes un trozo de madera podrida, que resplandeció como una llama en la oscuridad y, yendo delante de ellas, les alumbró el camino por el corredor largo y sombrío.

Cuando llegaron al sitio donde estaba el pájaro muerto, el Topo apoyó el ancho hocico contra el techo y empujó la tierra hacia afuera, abriendo un hueco por donde entró la luz del día. En el piso había una Golondrina muerta, que tenía las hermosas alas muy apretadas contra el cuerpo y las patitas y la cabeza ocultas entre las plumas.

Ciertamente, la pobre había muerto de frío. Pulgarcita sintió una pena muy grande; quería mucho a todos los pájaros que habían piado y cantado tan dulcemente durante el verano. Pero el Topo la hizo a un lado con una de sus patas cortas y dijo: –Por fin se dejó de aturdir. Qué desgracia nacer pájaro. Gracias al cielo, eso no le ocurrirá a ninguno de mis hijos. Los pájaros

no tienen otra fortuna que “tuit-tuit” y después, a morirse de hambre en el invierno.

–Eso es, muy bien dicho, como persona sensata que es usted –agregó la Rata de Campo–. ¿Para qué les sirve todo ese “tuit-tuit” cuando llega el invierno? ¡Para pasar hambre y helarse! ¡Ah, pero ellos creen que eso es muy aristocrático!

Pulgarcita no dijo nada, pero cuando los otros dos le volvieron la espalda al pájaro, ella se inclinó, separó las plumas que le cubrían la cabeza y besó sus ojitos cerrados.

“Tal vez sea la misma que me cantaba en verano –pensó–. ¡Qué feliz me hacías, hermosa Golondrina querida!”

El Topo cerró el agujero por donde entraba la luz y acompañó a las señoras hasta la casa.

Esa noche, Pulgarcita no pudo dormir; se levantó y tejió una gran manta de pasto seco; después la llevó al túnel y cubrió con ella al pájaro muerto; también llevó algodón que había encontrado en el cuarto de la Rata, y lo acomodó a los costados del cuerpo para protegerlo del piso tan frío.

–¡Adiós, hermosa Golondrina! –le dijo–. Adiós y gracias por las canciones que me regalabas cuando los árboles eran verdes y el sol tibio brillaba sobre nosotras dos.

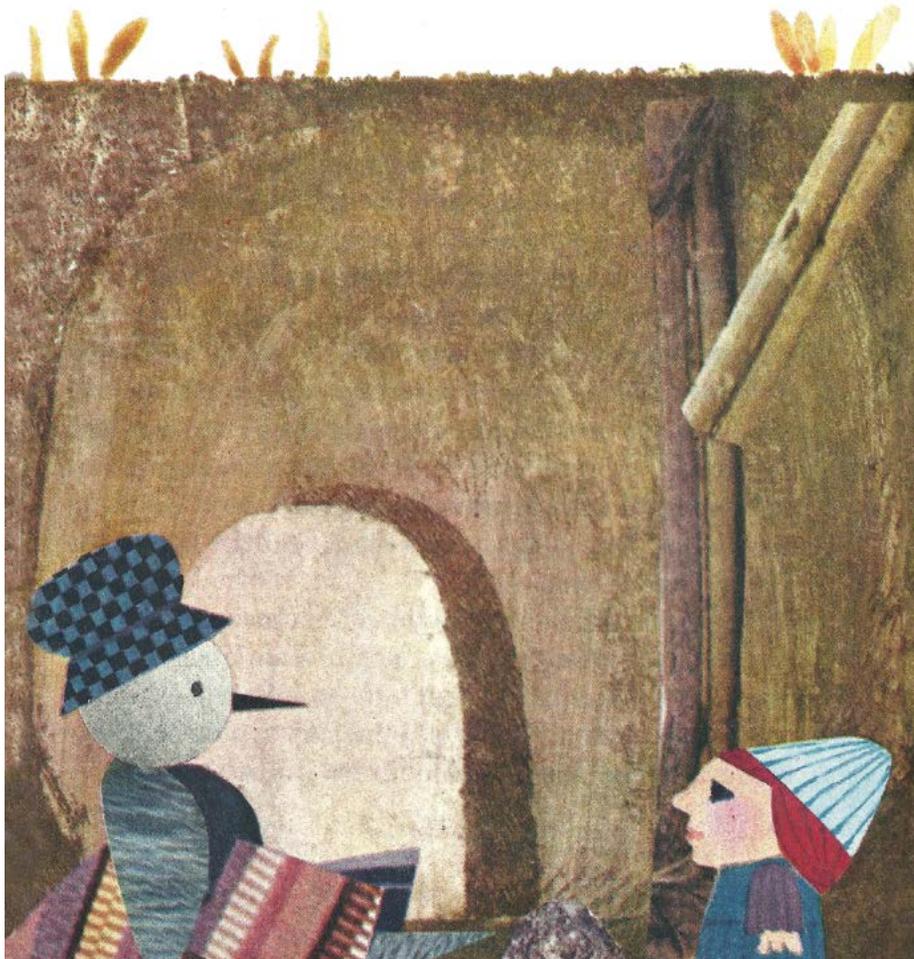
Apoyó entonces la cabeza en el pecho del pájaro y enseguida se sobresaltó, porque sintió como un latido allí adentro. Era el corazón del pájaro. No estaba muerto, sino solo adormecido por el frío; ahora, al calentarse, le volvía la vida.

Sucede que, en el otoño, las golondrinas vuelan hacia los países cálidos, pero si una de ellas se retrasa, se congela y cae como muerta; ya no se levanta y la cubre la nieve.

Pulgarcita casi temblaba, tanto se sorprendió; la Golondrina

era grande, grandísima comparada con ella, que no medía ni una pulgada. Pero se hizo de coraje, apretó aún más el algodón alrededor del pobre pájaro y fue a buscar una hoja de menta que le servía de colcha para cubrir la cabeza de la Golondrina. A la noche siguiente volvió a visitarla a escondidas: estaba viva, sí, pero muy débil. Todo lo que pudo hacer fue abrir los ojos y mirar a Pulgarcita, que estaba junto a ella con un trocito de madera en la mano como única linterna.

–Gracias, linda pequeñita –murmuró la Golondrina



enferma—. Siento un calor maravilloso. Pronto recuperaré la fuerza y podré volar a la luz del sol.

—No te imaginas el frío que hace afuera —dijo Pulgarcita—. Está nevando y helando. Mejor quédate en tu cama tibia; yo voy a cuidarte.

Después le llevó agua en el pétalo de una flor. La Golondrina bebió y le contó que se había lastimado un ala en un arbusto espinoso; por eso no pudo volar tan rápido como las otras, que se marcharon lejos, muy lejos, a los países cálidos.

Solo recordaba que se había caído, pero no tenía la menor idea de cómo se encontraba en ese lugar.

Permaneció allí el invierno entero, y Pulgarcita la atendió y la cuidó con todo cariño. No les dijo una palabra de todo esto a la Rata de Campo ni al Topo, ya que no sentían simpatía por la Golondrina.

Tan pronto como llegó la primavera y el sol comenzó a calentar la tierra, la Golondrina se despidió y Pulgarcita abrió el agujero del techo para que saliese por allí. El sol esplendoroso las alumbró, y entonces el pájaro le preguntó a Pulgarcita si no quería irse con ella; podría sentarse sobre su lomo y volarían juntas hasta los bosques verdes. Pero la niña sabía que la Rata de Campo iba a disgustarse mucho si la abandonaba.

“Tuit-uit! ¡Tuit-uit!”, cantó el pájaro y se alejó hacia el bosque. Pulgarcita se quedó muy triste. No le daban permiso para salir afuera ni caminar al sol. El trigo que habían plantado sobre la casa de la Rata ya estaba muy crecido y formaba un verdadero bosque para la pobrecita, que apenas medía una pulgada.

—Este verano tendrás que trabajar en tu ajuar —le dijo la Rata de Campo; el vecino, ese Topo aburrido con chaqueta de

terciopelo, ya había pedido su mano—. Tendrás ropa de lana y ropa de hilo. Y cuando seas la esposa del Topo no te faltará nada. Pulgarcita tuvo que dedicarse a hilar; el Topo alquiló cuatro arañas para que hilaran y tejieran para ella día y noche. Todas las tardes, el Topo llegaba de visita y hablaba siempre de lo mismo: que cuando estuviese por terminar el verano, el sol no calentaría tanto como ahora, que calcinaba la tierra y la endurecía como una roca. Sí, cuando terminara el verano iban a celebrarse sus bodas con Pulgarcita. Pero ella no podía alegrarse, porque cada día le gustaba menos ese Topo aburridor. Todas las mañanas, cuando amanecía, y por las tardes, a la puesta de sol, salía a escondidas a la puerta; y cuando el viento apartaba las espigas y podía ver el cielo azul, pensaba qué hermoso era el aire libre y deseaba mucho volver a ver a su querida Golondrina. Pero la Golondrina no regresó; sin duda, se había internado en los espléndidos bosques verdes. Cuando llegó el otoño, su ajuar estuvo completo. —Dentro de cuatro semanas festejaremos tu casamiento —anunció la Rata de Campo. Entonces Pulgarcita se echó a llorar y dijo que no quería casarse con ese Topo fastidioso. —¡Tonterías! —dijo la Rata—. Mira que si te encaprichas te muerdo con estos dientes blancos. Es una excelente persona y vas a casarte con él. Ni la mismísima reina puede lucir semejante piel aterciopelada. Además, tiene una cocina y un sótano repletos. Tendrías que agradecer tu buena suerte. Y llegó el día de la boda. El Topo había ido en busca de Pulgarcita; desde ese día, ella viviría con él en las profundidades de la tierra. Jamás volvería a caminar a la luz del sol, porque el



Topo no veía bien esas cosas.

La pobre estaba apenadísima; tenía que despedirse para siempre del sol radiante, y la Rata le dio permiso para saludarlo desde el umbral de la puerta.

—¡Hasta siempre, sol radiante! —dijo extendiendo los brazos hacia él y alejándose unos pasos de la casa; el trigo había sido cosechado y en el campo quedaban solamente los rastrojos secos.

—¡Hasta siempre! —repitió, abrazando a una florcita roja que seguía floreciendo todavía—. Si ves a la Golondrina, dale muchos recuerdos míos.

—¡Tuit-uit! ¡Tuit-uit!

De repente, Pulgarcita oyó los trinos muy cerca. Miró hacia arriba y vio a la Golondrina, que en ese momento pasaba volando.

El pájaro se alegró mucho de ver a Pulgarcita; ella a su vez le contó cuánto le disgustaba tener al Topo feo por esposo y tener que vivir bajo tierra, adonde jamás llegaba el sol.

Y no pudo contener el llanto.

–Se acerca el invierno frío –dijo la Golondrina–. Me voy lejos, a los países cálidos. ¿Por qué no vienes conmigo? Si te sientas sobre mi lomo y te atas a mí con tu cinturón, escaparemos del Topo feo, de su casa oscura... Iremos lejos, muy lejos, a las tierras calientes donde el sol brilla con más esplendor todavía, donde siempre es verano y las flores son hermosas. ¡Vuela conmigo, querida, pequeña Pulgarcita, que me salvaste la vida cuando me moría de frío en el túnel oscuro!

–¡Sí, me voy contigo! –dijo Pulgarcita.

Se sentó sobre el pájaro y apoyó los pies sobre las alas desplegadas; después ató su cinturón a una de las plumas más fuertes. Entonces la Golondrina emprendió vuelo sobre los bosques, sobre el mar, sobre las altas montañas donde la nieve no se derrite jamás. Pulgarcita sintió mucho frío en el viento helado y se refugió entre las plumas tibias del pájaro; de cuando en cuando asomó la cabecita para admirar todas las bellezas que iban dejando atrás.

Por fin llegaron a las tierras cálidas.

El sol brillaba con fuerza y el cielo parecía estar dos veces más alto que en los países fríos. A los costados del camino y sobre los cercos crecían las viñas con uvas azules y verdes, había montecitos de limones y naranjas y el aire llevaba el olor de los mirtos y otros perfumes. Por los caminos, los chicos más lindos del mundo jugaban con mariposas alegres. Pero la Golondrina no se detuvo y voló hacia lugares aún más hermosos.

Bajo unos espléndidos árboles verdes, junto a un lago azul, había un palacio de otros tiempos, de mármol blanco y brillante. Las enredaderas trepaban por los altos pilares; sobre ellos tenían sus nidos muchas golondrinas. En uno de los pilares estaba el nido de la amiga de Pulgarcita.

–Esta es mi casa –dijo la Golondrina– pero si prefieres para ti una de esas lindas flores que crecen allí abajo, te llevaré hasta ella y verás qué bien lo pasas.

–¡Es maravilloso! –gritó Pulgarcita aplaudiendo de alegría.

Uno de los grandes pilares de mármol estaba caído, roto en tres pedazos; entre los pedazos crecían grandes flores blancas, las más bellas que jamás se hayan visto.

La Golondrina voló con Pulgarcita a cuestras y la dejó en uno de los anchos pétalos. Entonces, ¡qué gran sorpresa! en el medio de la flor había un hombrecito blanco y transparente, como de cristal. En la cabeza llevaba la más elegante de las coronas de oro y, a la espalda, el más brillante par de alitas; todo él no era mucho más grande que Pulgarcita.

Era el Ángel de la Flor.

En cada una de las flores habitaba un hombrecito o una mujercita semejante, pero este era el rey de todos ellos.

–Cielos, ¡qué hermoso! –susurró Pulgarcita a la Golondrina.

Al principio le dio miedo la Golondrina, que comparada con su tamaño era gigantesca. En cambio, cuando vio a Pulgarcita se puso muy contento: nunca había visto una niña más bonita.

Enseguida se quitó la corona dorada y se la colocó a ella; también le preguntó su nombre y si quería ser su esposa y reina de todas las flores.

El hombrecito sí que era diferente, muy diferente del hijo

de la Sapa y del Topo con su piel de terciopelo negro. Por lo tanto, Pulgarcita le dio el sí al príncipe encantado.

Entonces, de todas las flores salieron hombres y mujercitas, tan lindos que era un placer verlos: cada uno de ellos llevaba un regalo para Pulgarcita.

El mejor de todos fue un par de hermosísimas alas que habían pertenecido a un moscardón blanco; enseguida se las sujetaron a la espalda para que pudiese volar de flor en flor.

Luego hubo fiesta y alegría; la Golondrina, desde su nido en lo alto, cantó para ellos lo mejor que pudo, aunque en el fondo estaba triste, porque quería mucho a Pulgarcita y hubiese deseado no separarse nunca de ella.

–De ahora en adelante no te llamarás Pulgarcita –le dijo el Ángel de la Flor–. Ese nombre no es lo bastante lindo para ti. Te llamaremos Maya.

–¡Hasta siempre! ¡Hasta siempre! –gritó la Golondrina y se alejó volando de las tierras cálidas, de vuelta a Dinamarca. Allí tenía un nidito, sobre la ventana del hombre que sabe contar cuentos de hadas.

A él le cantó:

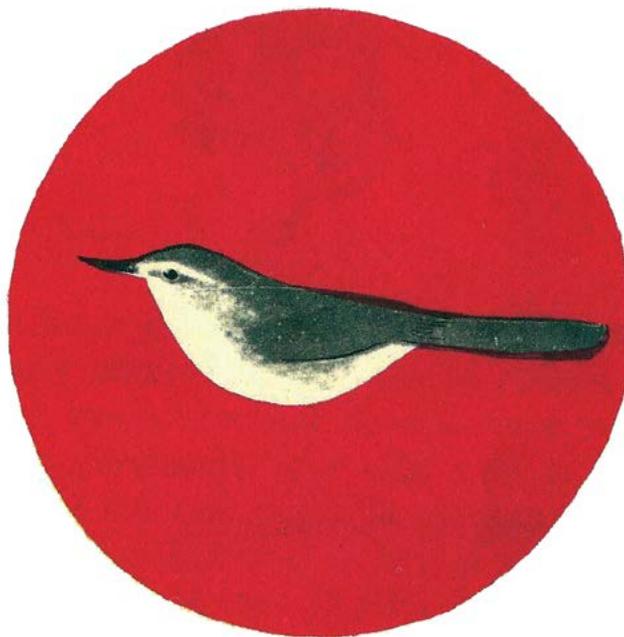
–¡Tuit-uit! ¡Tuit-uit!

Y es por él que, ahora, nosotros sabemos esta historia.

Ilustraciones © Ajax Barnes



# EL RUISEÑOR



---

**Escrito por:** Hans Cristian Andersen

---

**Adaptado por:** Beatriz Ferro

---

**Ilustrado por:** Ayax Barnes





En la China, como ustedes sabrán, el emperador es chino y chinos son cuantos los rodean. La historia que van a escuchar ocurrió hace muchísimos años y, precisamente por eso, vale la pena contarla, antes de que todos la olviden. El palacio del Emperador era el más espléndido del mundo; estaba todo hecho de porcelana muy costosa, tan delicada y frágil que solo se podía tocar con gran cuidado. En el jardín crecían flores maravillosas, y de las más bellas colgaban campanitas de plata que sonaban al menor soplo de brisa para que nadie pasara junto a ellas sin dejar de admirarlas. Sí, en el jardín del Emperador no se descuidaba ningún detalle. Y era tan extenso que ni el mismísimo jardinero sabía dónde terminaba. Caminando, caminando por aquel jardín,

se llegaba al bosque magnífico con árboles altos y largos y profundos. El bosque se extendía hasta la orilla del mar azul y los barcos pasaban navegando bajo las altas ramas.

En el bosque vivía un ruiseñor, pájaro de tan hermoso canto que hasta el pobre pescador, que estaba siempre tan atareado, una noche en que iba al mar a recoger sus redes, se detuvo a escucharlo.

–Dios mío, ¡qué hermoso canto! –exclamaba, aunque después, ocupado con las redes, se olvidaba del pájaro.

Pero a la noche siguiente, cuando volvía a escucharlo, repetía encantado:

–Dios mío, ¡qué hermoso canto!

De todos los países del mundo llegaban viajeros a visitar la ciudad del Emperador y la admiraban mucho, así como el palacio y el jardín, pero cuando escuchaban al ruiseñor todos decían:

–¡Es lo más maravilloso de todo!

Cuando regresaban a sus tierras hablaban de lo que habían visto y los escritores escribían libros sobre la ciudad, el palacio y el jardín. Y no se olvidaban del ruiseñor, todo lo contrario: lo nombraban como el prodigio más grande. Y los poetas le escribían versos al ruiseñor que vivía en los bosques de los lagos profundos.

Esos libros recorrieron el mundo y algunos llegaron a las manos del propio Emperador.

Sentado en su trono de oro, el Emperador los leyó y releyó y a cada momento asentía con la cabeza, complacido con las descripciones de la ciudad, el palacio y el jardín. Y de pronto vio que decía: “Pero el prodigio más grande es el ruiseñor”.



# 輯選展

，發表聲明，特別強調繼續加強中美合作的  
，發表聲明，特別強調繼續加強中美合作的



—¿Qué es esto! —exclamó—. ¿El ruiseñor? Jamás lo oí nombrar. ¿En mi imperio, en mi propio jardín existe un pájaro semejante y yo no lo conozco? ¿Tengo que enterarme de estas cosas por los libros?

Llamó entonces a su ayudante de campo, un personaje tan distinguido que cuando una persona de jerarquía inferior osaba dirigirle la palabra o hacerle una pregunta, él respondía solamente “P”, con lo cual no decía absolutamente nada.

—Aseguran que vive aquí un pájaro extraordinario llamado ruiseñor —dijo el Emperador—. Dicen que es la maravilla más grande de mi imperio. ¿Por qué jamás nadie me ha hablado de él?

—¿Ruisseñor? Es la primera vez que escucho ese nombre —respondió el caballero—. Si mal no recuerdo, nunca fue presentado en la corte.

—Pues ordeno que aparezca esta misma noche para cantar en mi presencia —dijo el Emperador—. ¡Todo el mundo está enterado del tesoro que poseo menos yo mismo!

—La primera vez que escucho ese nombre... —afirmó el caballero—. Pero he de buscarlo y lo encontraré.

¿Dónde encontrarlo? El ayudante de campo corrió escaleras arriba y escaleras abajo, recorrió salones y amplios corredores; encontró a muchos cortesanos a su paso, pero ninguno de ellos había oído hablar jamás del ruiseñor. Entonces regresó corriendo adonde estaba el Emperador y le dijo que en su opinión debía tratarse de un cuento inventado por los que escriben libros.

—¿Su Majestad no debe creer en todo lo que lee! Son cosas que inventan, ayudados por la magia negra.

–¡Pero lo he leído en el libro que me mandó el poderoso, el gran Emperador del Japón, y por lo tanto no puede ser mentira! –repuso el Emperador–. Quiero escuchar a ese rui señor. Esta noche se presentará en palacio y gozará de mis más altos favores. Si no viene, ordenaré que a todos los cortesanos les pisoteen la barriga después de cenar.

–¡Tsing-pe! –exclamó el ayudante, y volvió a correr escaleras arriba y escaleras abajo y atravesó salones y recorrió corredores; esta vez la mitad de la corte lo acompañaba, pues todos querían librarse de la paliza. Aquí y allá, iban pidiendo noticias del rui señor maravilloso que era conocido en todo el mundo menos en la corte.

Por fin interrogaron a una pobre niña que ayudaba en la cocina. –¿El rui señor? Claro que lo conozco –respondió–. ¡Y cómo canta! Todas las noches le llevo las sobras de la cena a mi madre, que está enferma y vive cerca de la playa. Cuando regreso, cansada, me siento en el bosque, y escucho el canto del rui señor. Entonces, al oírlo, los ojos se me llenan de lágrimas y siento una cosa... como si mi mamá me besara.

–Pequeña –dijo el ayudante de campo–, si eres capaz de llevarnos hasta donde está el rui señor, que debe presentarse esta noche en palacio, te prometo conseguirte un puesto fijo en la cocina y el permiso de ver cenar al Emperador todas las noches.

Todos juntos fueron camino al bosque donde cantaba el pajarito. En eso se oyó el mugido de una vaca.

–¡Oh! –exclamaron los gentilhombres de la corte–. ¡Ya lo encontramos! ¡Qué voz tan portentosa para una avecita pequeña! ¡Por supuesto que lo habíamos escuchado antes!



–No, no, ese es el mugido de la vaca –dijo la chica de la cocina–. Todavía estamos lejos del bosque. Al rato comenzaron a croar las ranas del estanque... –¡Magnífico! –exclamó el sacerdote de la corte que, como todos, también era chino–. Ya lo oigo, y me recuerda el sonido de las campanillas del templo. –Pero no, si son las ranas –dijo la cocinera–. Aunque ahora me parece que estamos muy cerca.



Entonces el ruiseñor dejó oír su canto.

–¡Ese es! –exclamó la cocinerita–. ¡Escuchen, escuchen! Mírenlo: ¡Allí está!

Y señaló un pajarito gris posado en una rama.

–¿Es posible? –gritó el ayudante de campo–. ¡Nunca me lo hubiese imaginado! Tiene un aspecto muy vulgar. ¡Seguro que perdió los colores al verse rodeado por tanta gente distinguida!

–¡Lindo ruiseñor! –le gritó la cocinerita–. Nuestro gracioso Emperador desea que cantes para él.

–¡Con mucho gusto! –le respondió el ruiseñor, y cantó tan lindo que era una felicidad escucharlo.

–¡Suena como las campanillas de vidrio! –dijo el ayudante de campo–. ¡Y observen cómo se agita esa garganta tan pequeña! Es increíble que no lo hayamos oído antes... Sin duda, tendrá mucho éxito en la corte.

–¿El Emperador desea que cante otra vez? –preguntó el ruiseñor al terminar, convencido de que Su Majestad estaba entre aquellos señores.

–Pequeño y apreciadísimo ruiseñor –le dijo entonces el ayudante de campo–. Tengo el placer de invitarlo a la fiesta de esta noche en palacio, durante la cual seguramente encantará usted al Emperador con la dulzura de sus trinos.

–¡Mis canciones suenan mejor al aire libre, en el bosque! –contestó el ruiseñor; sin embargo, aceptó acompañarlos gustoso, ya que el Emperador tanto lo deseaba. En el palacio, hubo grandes preparativos. Las paredes y los pisos, todos de porcelana, resplandecían a la luz de miles y miles de lámparas de oro.

Las flores más hermosas -aquellas que tintineaban mejor- habían

sido distribuidas en los amplios corredores, por donde iban y venían los cortesanos, y la corriente de aire hacía sonar las campanillas tan fuerte que era casi imposible entender lo que se decía.

En el medio de la sala del trono habían colocado una percha de oro para que se posara el ruiseñor.

Toda la corte estaba presente, y a la pequeña cocinera le dieron permiso para espiar detrás de una puerta, pues ya tenía el título de cocinerita real.

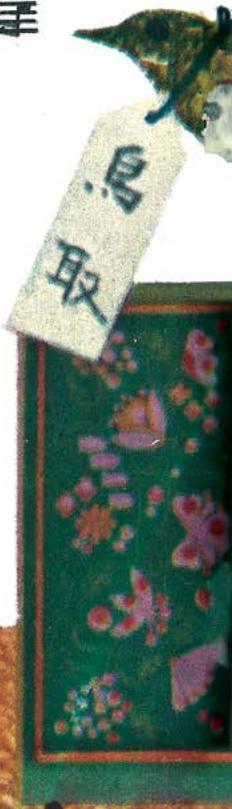
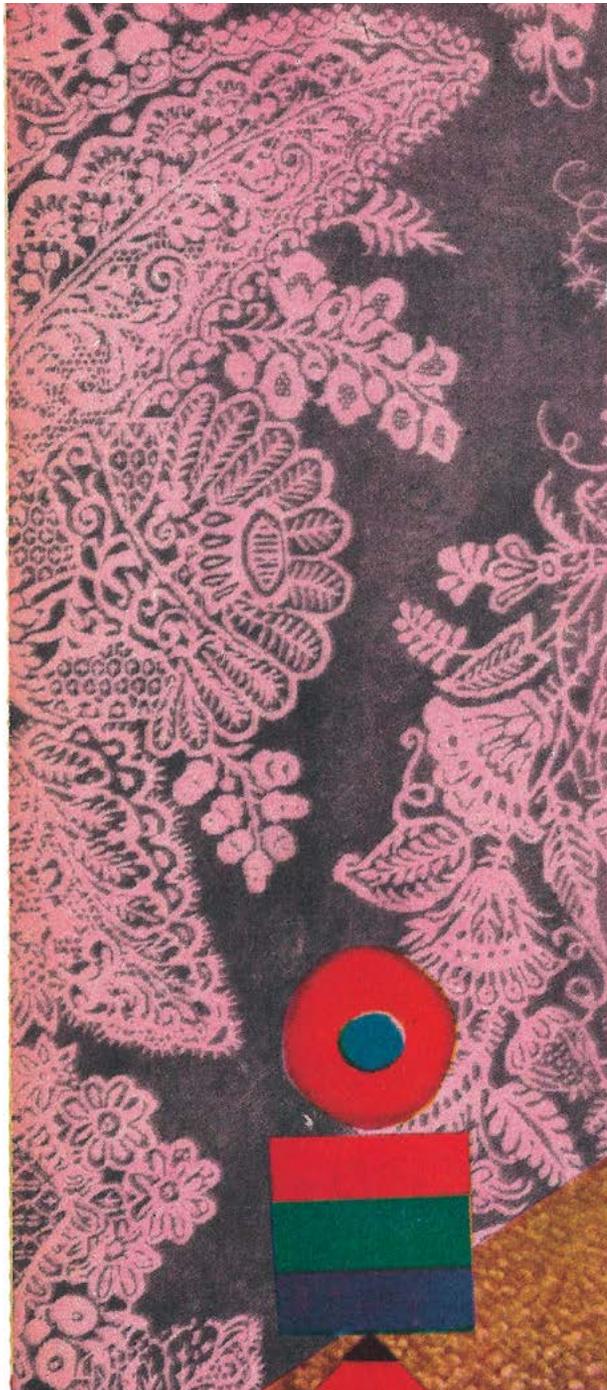
Cuando apareció el ruiseñor, los cortesanos, que vestían sus trajes más ricos, clavaron los ojos en ese pajarito gris, y el Emperador lo saludó con la cabeza.

El ruiseñor cantó tan maravillosamente que hubo lágrimas en los ojos del Emperador. Dos lagrimones corrieron por sus mejillas, y el pájaro volvió a cantar mejor aún, y su canto llegaba al corazón.

El Emperador estaba tan satisfecho que quiso concederle el honor de llevar colgada al cuello su pantufla de oro. El pájaro se lo agradeció, pero no quiso aceptarlo; ya tenía su recompensa. —He visto lágrimas en los ojos del Emperador y, para mí, eso vale más que todos los tesoros. ¡Las lágrimas de un Emperador tienen un poder muy especial...! ¡Ya estoy recompensado!

Y cantó nuevamente con voz muy dulce.

—¡Qué cumplido tan elegante! —exclamaron las damas que rodeaban al pájaro, y enseguida tomaron sorbos de agua para poder contestar con un gluglulú cuando les dirigiesen





la palabra; de esa manera, esperaban parecer también ellas rui señores.

Hasta los lacayos y las camareras se declararon satisfechos, lo cual significaba mucho, pues eran los más difíciles de contentar. En pocas palabras, el rui señor fue todo un éxito. De allí en adelante, el pájaro debería permanecer en la corte, y tendría una jaula para él solo, con permiso para salir a pasear dos veces durante el día y una vez por la noche. Le dieron doce lacayos de escolta, cada uno de los cuales sostenía una fina cinta de seda atada a la patita del rui señor. Por cierto que no era muy agradable pasear de esa manera...

Toda la ciudad no hacía otra cosa que hablar del magnífico pájaro. Cuando dos personas se encontraban, una decía: “Rui...” y la otra completaba: “... señor” y suspiraban y se entendían mutuamente. En esos días, más de once farmacéuticos pusieron a sus hijos el nombre “Rui señor”, aunque ninguno de los niños podía cantar una sola nota.

Un día, el Emperador recibió un gran paquete de regalo; en la tarjetita decía: “Rui señor”.

–Será un libro nuevo sobre nuestro pájaro famoso –pensó, pero no se trataba de un libro; era una pequeña obra de arte dentro de una cajita, un rui señor mecánico que hubiese sido tomado por un pajarito vivo si no fuera porque estaba todo adornado con brillantes, rubíes y zafiros.

Cuando le dieron cuerda, el pájaro cantó una de las canciones que solía entonar el rui señor verdadero, mientras bajaba y subía la colita y brillaban los reflejos de oro y plata.

En el cuello lucía una cintita con la siguiente inscripción:

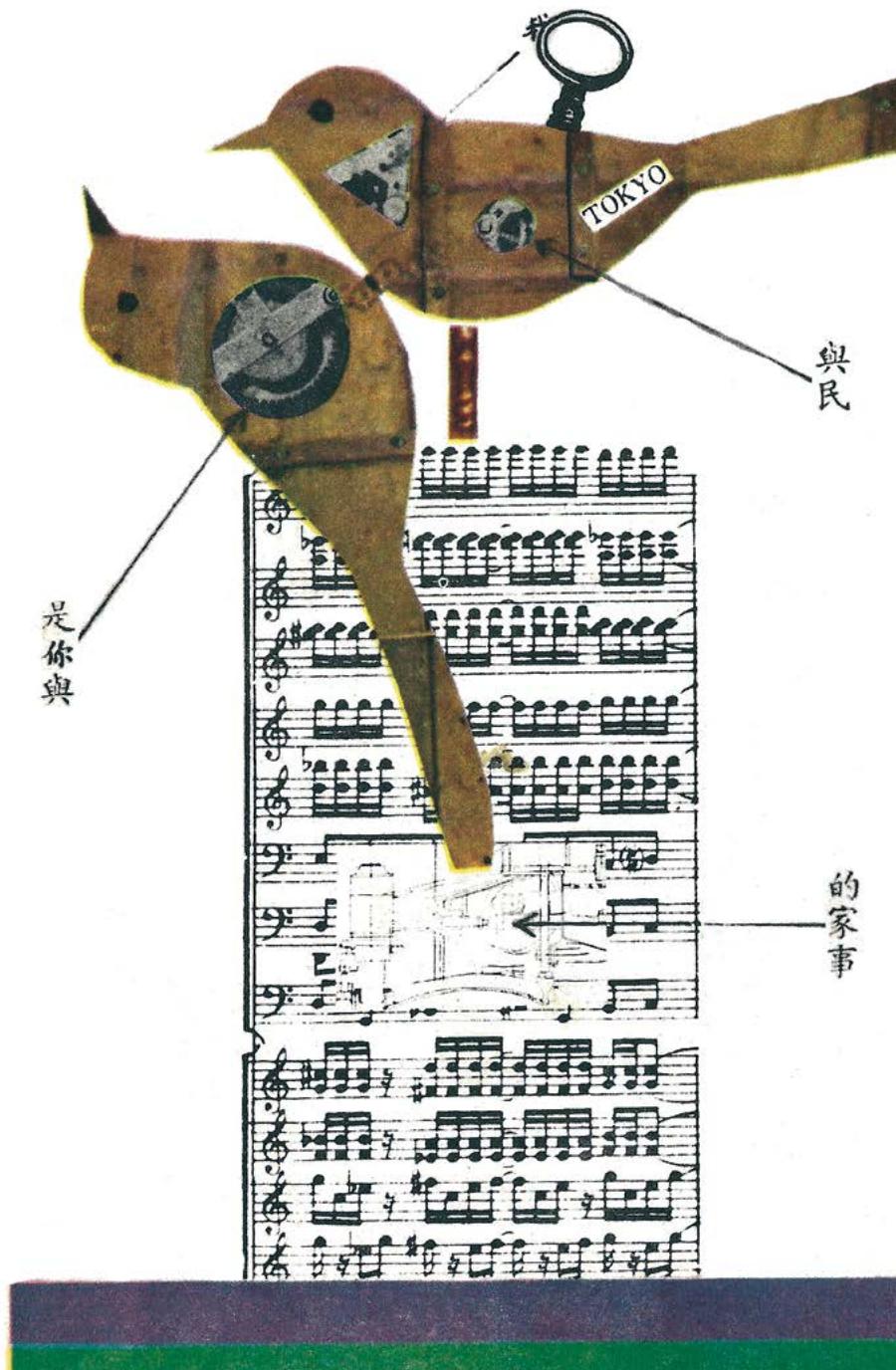


**“El ruiseñor del Emperador del Japón es muy humilde comparado con el del Emperador de la China”.**

–¡Espléndido! –lo aclamaron todos los cortesanos, y el mensajero portador del regalo recibió inmediatamente el título de Proveedor Imperial de Ruiseñores.

–Haremos que los dos pájaros canten juntos –propusieron algunos cortesanos–. ¡Será un dúo incomparable!

Así, pues, cantaron juntos, pero los resultados no fueron muy buenos, porque el ruiseñor verdadero cantaba a su manera,



是你與

TOKYO

與民

的家事

libremente, y el mecánico repetía los vales que combinaban las piezas de su mecanismo.

–¡El pájaro artificial no tiene la culpa! –exclamó el músico de la corte–. En ningún momento pierde el compás, y canta de acuerdo con todas las reglas de mi escuela.

Entonces lo hicieron cantar solo, y tuvo un éxito tan grande como el verdadero; por otra parte, era un placer mirarlo, pues brillaba como una joya.

Repitió treinta y tres veces sin cansarse la misma melodía, y todos estaban dispuestos a escucharlo una vez más, cuando el Emperador dijo que era hora de que cantase el ruiseñor verdadero. Pero... ¿dónde estaba? Sin que lo advirtiesen se había ido, por una ventana abierta, hacia los bosques verdes.

–¡Qué manera de comportarse! –protestó el Emperador, y los demás criticaron al ruiseñor y afirmaron que era un pájaro muy ingrato.

Sin embargo, pronto se consolaron diciendo:

–¿Qué importa, si nos hemos quedado con el mejor?

El ruiseñor mecánico volvió a cantar; por trigésima cuarta vez los cortesanos se deleitaron con el mismo vals; tan difícil era que ni aun entonces pudieron tararearlo de memoria.

El músico de la corte lo colmó de elogios, afirmando que era muchísimo mejor que el del bosque, no solamente por su plumaje y sus muchos diamantes, sino también en cuanto a su parte interna.

–Porque vean ustedes, señoras y señores, y en primer lugar Su Majestad Imperial: nunca se sabe con qué nos va a salir el ruiseñor verdadero; en este, en cambio, todo está previsto.

Uno puede estudiar su mecanismo y explicarse cómo funciona. Si lo abrimos, veremos cómo están dispuestos sus cilindros, cómo se ponen en movimiento y por qué suenan los vales uno tras otro.

–Somos de su mismísima opinión –dijeron los demás.

El músico de la corte obtuvo el permiso de mostrarle el ruiseñor al pueblo el domingo siguiente, pues el Emperador había ordenado que todos lo escucharan.

Y lo escucharon y enloquecieron de alegría como si se hubiesen emborrachado con té, pues con té se emborrachan los chinos.

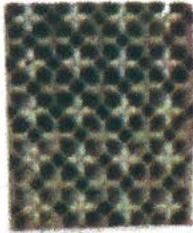
Todos exclamaron: “Ooooh!” y alzaron el dedo índice mientras inclinaban la cabeza. Solamente el pobre pescador que había oído cantar al pájaro verdadero no se convenció del todo:

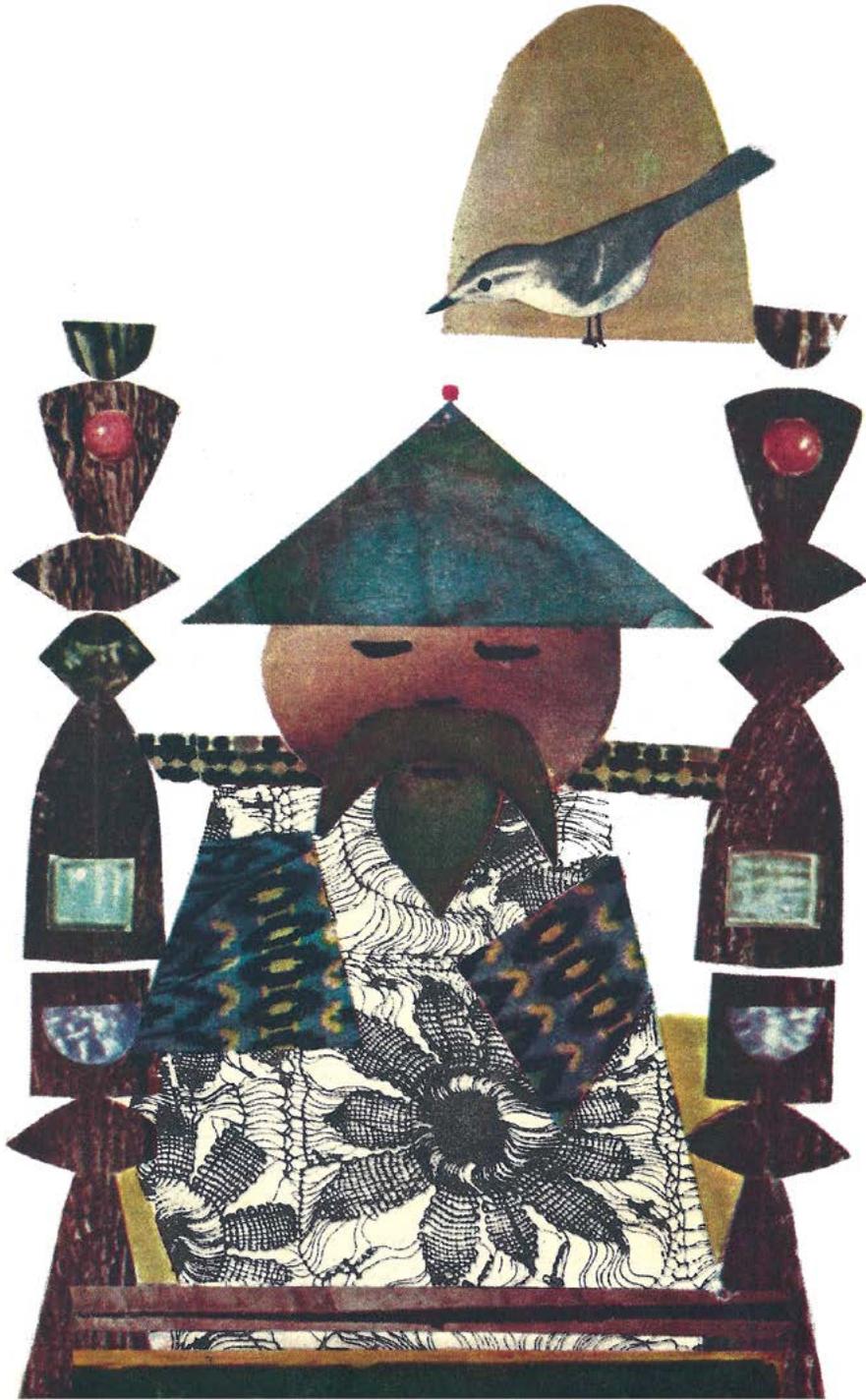
–No canta mal –dijo–. Imita bien al ruiseñor. Sin embargo, algo le falta...

El pájaro verdadero fue expulsado de todo el territorio del imperio.

El otro mereció el honor de reposar sobre un almohadón de terciopelo junto al lecho del Emperador, rodeado por los regalos de oro y piedras preciosas que le habían hecho los cortesanos. Además, recibió el título de Cantor Nocturno de Su majestad Imperial, por lo cual, de acuerdo con la etiqueta, debía ser siempre el primero a la izquierda del Emperador, ya que este consideraba que el lado del corazón es el más noble y, como sabemos, hasta los emperadores tienen el corazón a la izquierda.

El maestro de música, por su parte, escribió más de veinticinco libros sobre el pájaro mecánico, todos muy largos y difíciles de entender, llenos de las más complicadas palabras en chino.





Los cortesanos afirmaban haberlos leído y comprendido, pero lo decían solamente para no pasar por tontos y para que no les dieran una paliza en la barriga. Pasó un año entero. El Emperador, la corte y todos los chinos sabían de memoria hasta el último gorjeo del ruiseñor, y precisamente por eso les gustaba cada vez más, porque podían acompañarlo en sus canciones. En la calle, los muchachos cantaban “¡Tsi-tsi-tsi-glu-glu!”, y el Emperador, en su palacio, tarareaba lo mismo. Nunca se vio entusiasmo semejante.

Pero una noche, en lo mejor del canto, mientras el Emperador lo escuchaba recostado en su lecho, se escuchó un ¡crac! dentro del pájaro mecánico; una de sus piezas había saltado y ¡rrrrrrrrr!, las rueditas del engranaje empezaron a girar como locas y su melodía se interrumpió de pronto.

El Emperador se levantó inmediatamente de la cama y llamó a su médico particular. Pero ¿qué podía hacer un médico en ese caso? Llamaron luego a un relojero, el cual, después de muchos exámenes y discusiones, consiguió dejarlo más o menos arreglado. El relojero recomendó que lo trataran con mucho cuidado, pues los dientes de las ruedas estaban ya gastados y era imposible reemplazarlas sin estropear el engranaje.

Fue una pena grandísima; el ruiseñor podría cantar solamente una vez por año, y eso con gran esfuerzo. El maestro de música, sin embargo, pronunció un discurso lleno de palabras difíciles; declaró que el ruiseñor había quedado como nuevo; todos pensaron que había quedado realmente como nuevo.

Pasaron cinco años y, un día, una noticia muy triste afligió

al país; el Emperador, a quien tanto querían, cayó enfermo y, según dijeron los médicos, no viviría mucho tiempo. Eligieron un nuevo Emperador, pero la multitud se apiñaba en las calles cuando pasaba el ayudante de campo y le preguntaban cómo estaba el viejo Emperador enfermo.

—¡P! —exclamaba el ayudante moviendo la cabeza de derecha a izquierda.

El emperador, pálido y frío, yacía en su espléndido lecho; los cortesanos, dándolo ya por muerto, corrieron a saludar al nuevo monarca. Los lacayos comentaron entre sí lo que estaba sucediendo, y las camareras tomaron café con masitas.

Las salas y los corredores se recubrieron con tapices que ahogaban el ruido de los pasos y en todo el palacio reinaba el silencio.

Pero el Emperador aún no había muerto: estaba rígido y pálido en su cama soberbia, con cortinas de terciopelo, bajo el dosel dorado. En lo alto, una ventana abierta dejaba entrar la luz de la Luna, que iluminaba al Emperador y al pajarito mecánico que estaba junto a él.

El pobre apenas podía respirar y sentía un gran peso en el corazón; abrió entonces los ojos y vio a la Muerte sentada sobre su pecho: le había quitado ya la corona de oro y sostenía en una mano la espada imperial y, en la otra, su hermoso estandarte.

Por entre los pliegues del cortinado de terciopelo asomaron seres extraños; algunos tenían una cara muy desagradable, pero la mayoría eran amables y dulces. Aquellas eran todas las acciones buenas y malas del Emperador que lo miraban, ahora que la Muerte estaba sentada sobre su pecho.

—¿Recuerdas esto? —susurraban una tras otra—. ¿Recuerdas aquello? —decían mientras le contaban todas las cosas que había



hecho durante su vida, hasta que el sudor cubrió la frente del anciano.

–¡No, no recuerdo! –gritó el Emperador y pidió: –¡Música! ¡Música! ¡Que suene el gran tambor, no quiero escuchar la voz de estas sombras!

Pero las voces continuaron y la Muerte asentía con la cabeza a todo lo que decían, como hacen los chinos.

–¡Música! ¡Música! –rogó el anciano–. ¡Canta, querido ruiseñor de oro, vamos, canta! Te he rodeado de joyas y preciosos regalos, he colgado mi pantufla dorada de tu cuello... ¡Por favor, canta!

Pero el pájaro permaneció mudo, porque allí no había nadie que le diese cuerda para hacerlo cantar. La Muerte seguía sentada sobre el pecho del Emperador, mirándolo con sus ojos vacíos, y el silencio era cada vez más profundo.

De pronto, cerca de la ventana resonó un canto maravilloso: era el pequeño ruiseñor del bosque que cantaba afuera, entre el follaje. Enterado de que el Emperador estaba muy enfermo, se había acercado para ofrecerle una canción de consuelo y esperanza. Mientras cantaba, las sombras que rodeaban el lecho fueron desdibujándose; hasta la propia Muerte lo escuchó y dijo:

–¡Sigue, pequeño ruiseñor, sigue cantando!

–Si canto, ¿tú me darás en cambio la espada imperial? ¿Me darás también el rico estandarte y la corona de oro del Emperador? –preguntó el pajarito.

Y la Muerte cambió cada uno de los tesoros por una canción. El ruiseñor siguió cantando, y con gorjeos habló del cementerio tranquilo donde crecen las rosas blancas, donde perfuman los

saúcos y brota la hierba regada por las lágrimas. Al oírlo, la Muerte sintió una gran nostalgia por visitar su jardín y salió del cuarto; flotando, se fue por la ventana en forma de neblina fría y blanca.

—¡Gracias! ¡Gracias! —exclamó el Emperador—. Te reconozco, pajarito del cielo. Yo te eché del país y del imperio y, sin embargo, has vuelto para hacer desaparecer las sombras con tu canto y para ahuyentar a la Muerte posada en mi pecho. ¿De qué manera podré recompensarte?

—Ya estoy recompensado —contestó el ruiseñor—. La primera vez que canté para ti, vi lágrimas en tus ojos, y nunca lo olvidaré. Esos son los únicos regalos que alegran el corazón de un cantor. Pero ahora duermo para recuperar la salud y la fuerza; duermo, que yo cantaré para ti. Mientras el ruiseñor trinaba, el anciano cayó en un profundo sueño muy dulce y reparador.

Los rayos del sol entraban por la ventana cuando el Emperador se despertó, sano y bueno. Ninguno de sus servidores había vuelto a entrar en su cuarto, pues lo creían muerto; tan solo el ruiseñor estaba a su lado.

—¡Quédate conmigo para siempre! —exclamó el Emperador—. Cantarás cuando tengas ganas y romperé en mil pedazos el ruiseñor mecánico.

—¡No lo hagas! —rogó el pájaro—. Él hizo lo que pudo; consévalo como hasta ahora. Yo no puedo hacer mi nido en el palacio, pero si me permites que venga cuando quiera, de noche me posaré en aquella rama, cerca del ventanal, y cantaré para darte alegría y también para hacerte pensar. Porque mi canto hablará de los que son felices y de los que están tristes, te contará las

cosas buenas y malas que te rodean y se te ocultan. Un pajarito cantor, volando, recorre muchos lugares; llega hasta las casas del pescador pobre y del campesino, de todos aquellos que están alejados de ti y de la corte. Te quiero más a ti que a tu corona, con todo el respeto que siento por ella. Sí, vendré a cantar, pero me prometerás una cosa...

—¡Todo lo que quieras! —le aseguró el Emperador, que ya estaba levantado luciendo sus ropas imperiales, apretando la pesada espada de oro contra su corazón.

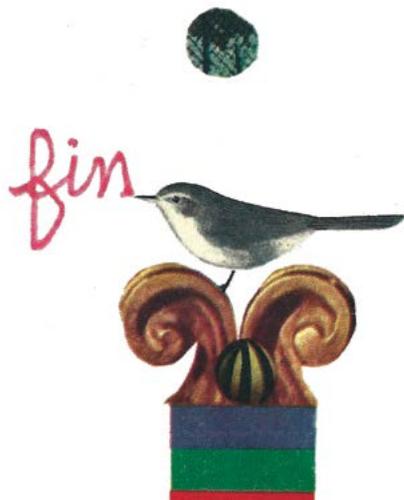
—Solo te pido una cosa: no le digas a nadie que todo te lo cuenta un pajarito. ¡Y todo andrà mejor!

Después, volando, el ruiseñor regresó al bosque.

Luego entraron los servidores para contemplar al anciano, a quien creían muerto. Y había que ver la cara que pusieron cuando el Emperador les dijo:

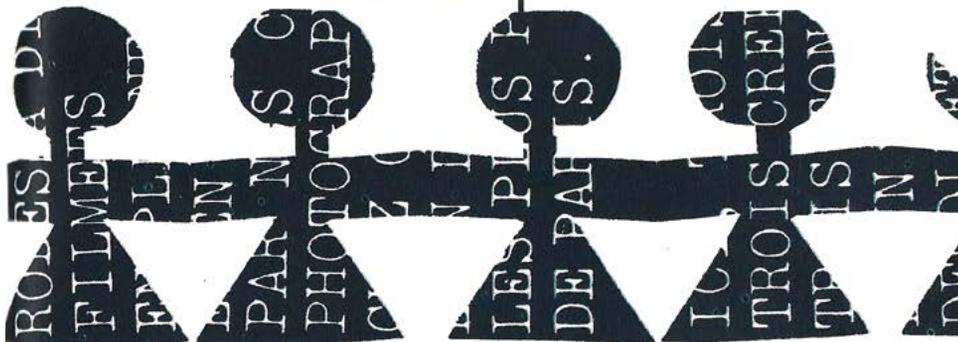
—¡Tengan muy buenos días!

Ilustraciones © Ayax Barnes



# EL CABALLO VOLADOR

Cuentos  
de las mil  
y una noches



---

Adaptado por: Horacio Clemente

Ilustrado por: Napoleón



Este cuento se llama **El caballo volador**. Muy bien. Resulta que era el cumpleaños del rey de Persia, y que de los miles y miles de regalos que recibió, uno fue el mejor de todos. Se trataba, señoras y señores, de un caballo volador, de madera. A este caballo volador, de madera, lo trajo de regalo un gran mago, muy viejo, muy gordo, muy pelado y muy feo de cara, que se había enamorado de la hija del rey de Persia, la señorita Rosa Blanca, muy joven, muy coqueta, muy elegante y muy linda de cara.

–Magnífico rey de Persia llamado Sabur: te traigo este regalito desinteresado para que te pongas bien contento en el día de tu cumpleaños. ¿Te gusta?

Así habló el mago cuando llevó su regalo al rey de Persia.

Y así habló el rey de Persia cuando vio el caballo:

–Me gusta mucho. ¿Es verdad que vuela?

–Con este caballo se puede llegar al sol –contestó el mago.

Y, para hacer una demostración, el mago montó en el caballo y se elevó lentamente, dando después algunas vueltas por el palacio del rey de Persia llamado Sabur.

Cuando bajó, todos lo aplaudieron.

Muy bien.

–Y ahora, rey de Persia –dijo después el mago–, quería decirte

que este regalo que te traje desinteresadamente, te lo voy a regalar siempre y cuando me dejes casar con la linda princesa Rosa Blanca.

–Trato hecho –dijo el rey de Persia.

Y la princesa Rosa Blanca, que estaba allí, se puso a llorar.

Pero también estaba allí el gran Kamaralakmar, el príncipe más buen mozo que hubo, y el más valiente y fuerte, y que venía



a resultar hermano mayor de la princesa Rosa Blanca.

–No llores, hermanita –dijo el príncipe Kamaralakmar–, voy a pedirle a papá que no te case con ese vejestorio.

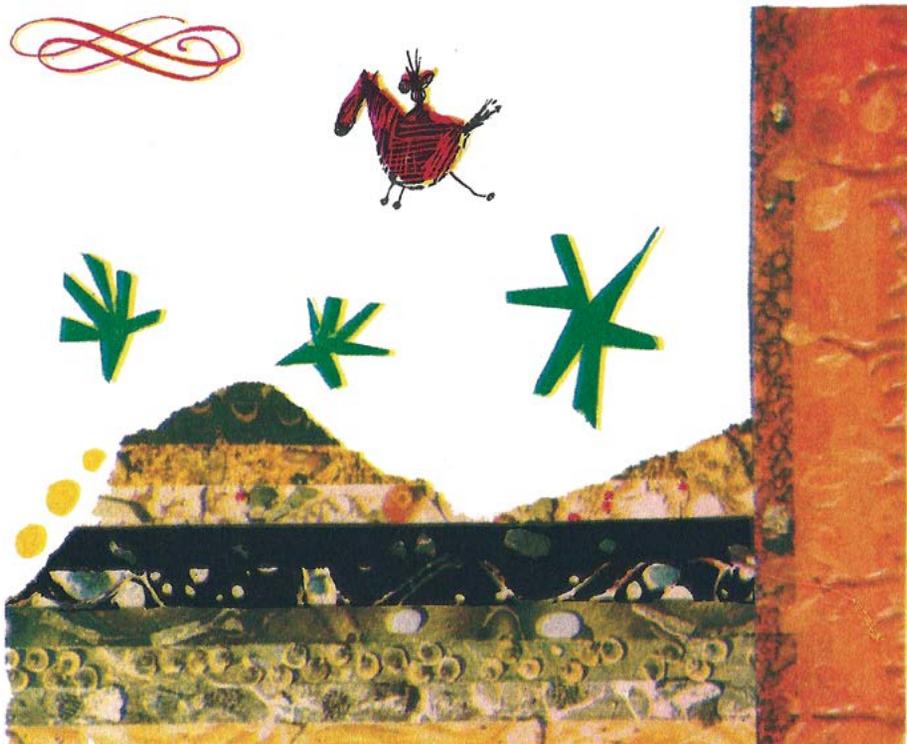
Y se acercó a su papá. Y, hablándole al oído le dijo:

–Papá: Rosa Blanca merece un esposo mejor. No la cases con ese pelado gordinflón.

–Está bien –dijo el rey–. Dejaré que ella elija. ¡Y que se embrome el pelado!

Pero el mago oyó la conversación. Y entonces decidió vengarse. Haciéndose el disimulado, dijo:

–Me gustaría que el valiente príncipe Kamaralakmar diera



algunas vueltas en el caballo volador, si es que no le tiene miedo.

–¿Miedo yo? –dijo Kamaralakmar.

Y de un salto montó en el caballo.

Pero no vio que el mago había movido una palanquita, oculta

detrás de la oreja derecha del caballo. Resultado: el caballo salió volando rápidamente, y saliendo por una ventana, se alejó llevándose a Kamaralakmar.

–Devuélveme a mi hijo –gritó el rey de Persia.

–Nunca más lo verás –contestó el mago.

Y antes de que pudieran agarrarlo para darle su merecido, el mago se escapó, perdiéndose de vista. Mientras tanto, el caballo seguía volando. Pero Kamaralakmar era muy valiente, y en vez de asustarse, miraba el paisaje.

–Qué lindo es contemplar las ciudades y los campos desde esta gran altura –se dijo–. Y qué lindo es volar de país en país. Voló hasta que se hizo de noche; el príncipe trató de encontrar alguna manera de aterrizar. Fue entonces cuando, iluminada por la luz de la luna, vio la palanquita ubicada detrás de la oreja derecha. Y ni bien la vio, la movió hacia un costado. Y ni bien la movió, el caballo aterrizó.

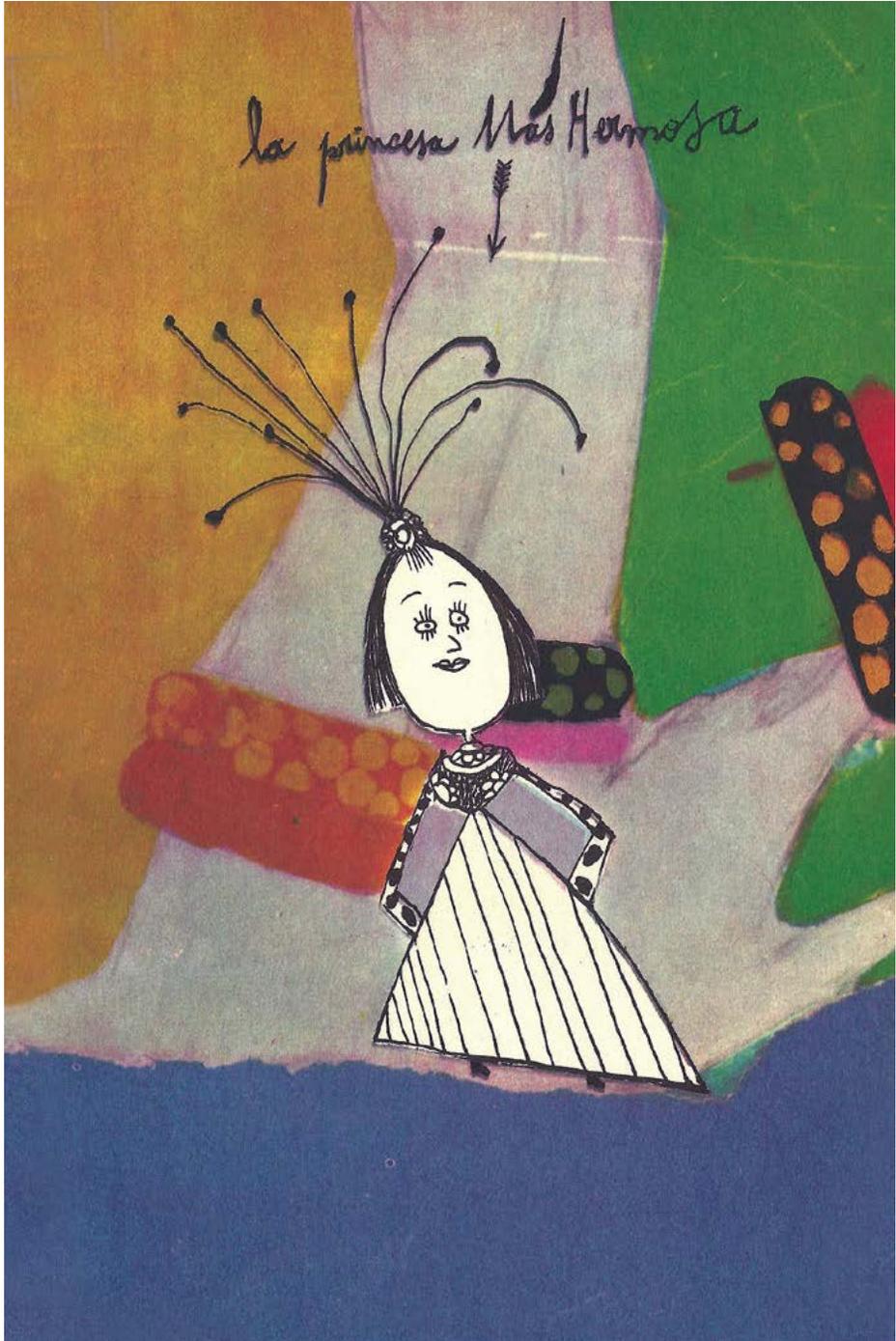
Y el caballo aterrizó en la terraza de un lujoso y enorme palacio, donde vivía un poderoso rey extranjero, que tenía una hija llamada la princesa Más Hermosa.

–Lindo palacio –dijo Kamaralakmar cuando aterrizó.

Y dejando el caballo en la terraza, bajó por una escalera hasta que llegó a un gran patio. Se acercó a una ventana, que era de un enorme comedor, y a través de ella vio a una hermosa princesa que estaba tomando café.

Era la princesa Más Hermosa. Y se enamoró de ella.

Entonces entró por la ventana y se lo dijo. Y la princesa Más Hermosa se enamoró de él y se lo dijo. Pero un guardia que estaba allí, al ver entrar a Kamaralakmar por la ventana creyó que era un ladrón.



Entonces fue a buscar al rey y se lo dijo:

–Rey: en el comedor hay un ladrón.

Entonces el rey fue a buscar al subjefe de los guardias y se lo dijo:

–Subjefe de los guardias: en el comedor hay un ladrón.

Entonces el subjefe de los guardias fue a buscar al jefe de los guardias y se lo dijo:

–Jefe de los guardias: en el comedor hay un ladrón.

Entonces el jefe de los guardias fue a buscar al subcapitán de todos los jefes de los guardias y se lo dijo:



–Subcapitán de todos los jefes de los guardias: en el comedor hay un ladrón.

Entonces el subcapitán general de todos los jefes de los guardias fue a buscar al capitán general de todos y se lo dijo:

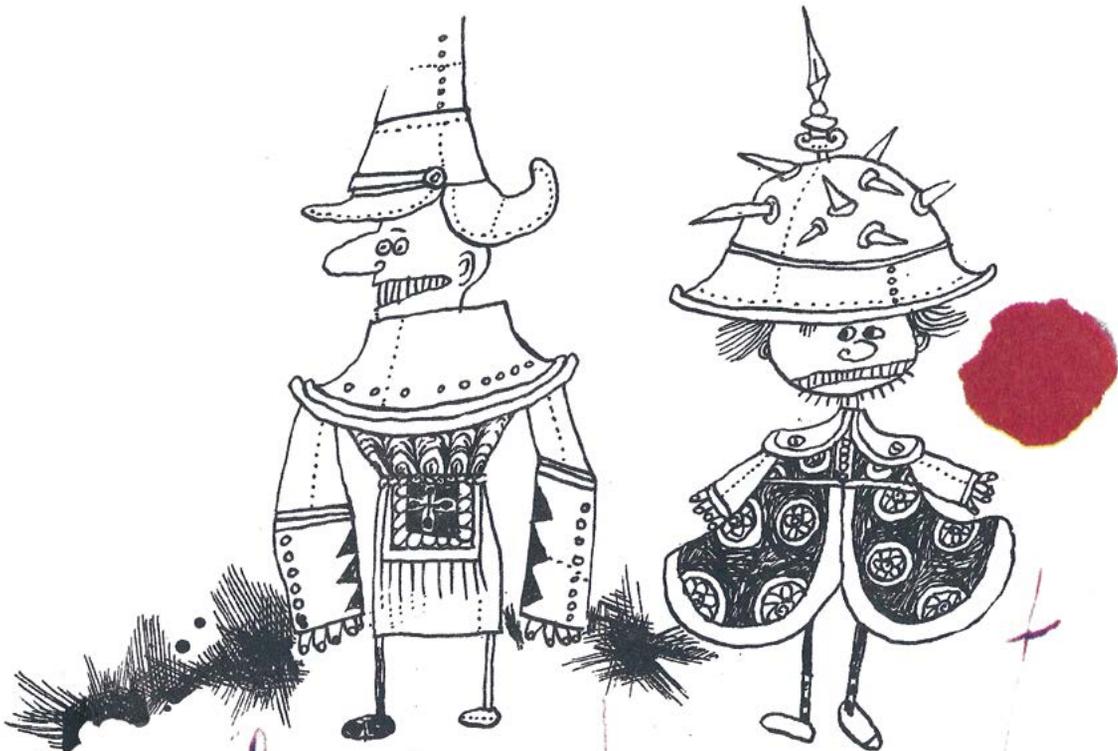
–Capitán general de todos: en el comedor hay un ladrón.

La cuestión fue que cuando el capitán general de todos se enteró, llamó a todos sus soldados y se lo dijo. Y después dijo:

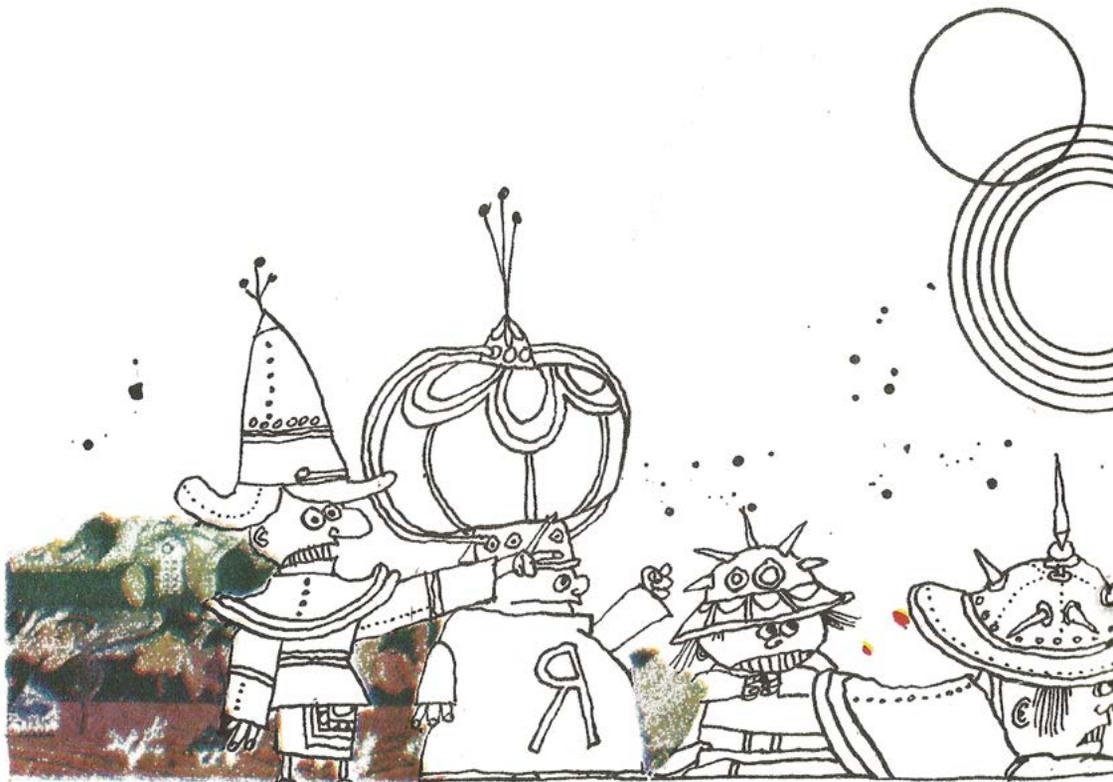
–Vayan a buscar a ese ladrón.

Y fueron.

Y cuando Kamaralakmar los vio venir, dijo:



*el jefe de los guardias y el subcapitán...*



—¿Y a estos qué les pasa?

Y se puso en guardia.

Entonces los soldados, todos juntos, se le tiraron encima.

Trompada va, trompada viene, Kamaralakmar empezó a ganar.

Entonces vinieron más soldados, de refuerzo.

Trompada va, trompada viene, Kamaralakmar siguió ganando.



Entonces vinieron el rey, el subjefe, el jefe, el subcapitán  
y el capitán general. Y se sumaron a la pelea.  
Y Kamaralakmar seguía ganando la pelea.  
Mientras tanto, la princesa Más Hermosa decía:  
–Déjenlo: él es un príncipe y pronto será mi esposo.  
Pero el rey decía:

–Él es un ladrón.

Y nuevos soldados, de refuerzo, se sumaron a la pelea.

Hasta que Kamaralakmar empezó a perder. Entonces escapó hacia la terraza, subiendo la escalera a toda velocidad. Todos lo siguieron. Y el rey decía:

–Ya es nuestro. De la terraza no podrá escapar.

Y ni bien llegó a la terraza, el príncipe montó en el caballo volador, movió la palanquita y se alejó volando. Y todos se quedaron con la boca abierta. Y decían:

–¡Formidable!

Pero la princesa Más Hermosa lloraba. Y decía:

–Adiós, joven príncipe. No te veré nunca más.

Y lo saludaba con la manito.

Y el príncipe, mientras se alejaba volando, gritó para que lo oyeran:





–Me voy ofendido. Porque soy Kamaralakmar, hijo del rey de Persia y hermano de la princesa Rosa Blanca. Y nunca fui recibido con tanta desconsideración como en este palacio –y agregó– ¡Adiós!

Entonces el rey padre de la princesa Más Hermosa pensó: “¡Caray, me equivoqué!”.

Al día siguiente, al amanecer, Kamaralakmar aterrizó en su palacio. Dejó en el jardín al caballo volador y buscó a su papá. Y cuando su padre lo vio se puso a reír de la alegría. Y se reía y reía y decía:

–Hijo mío. Hijo mío.

Y también vino la mamá de Kamaralakmar y lo abrazó y besó y se rió muchísimo y le dijo:

–Hijo mío. Hijo mío.

Y vino Rosa Blanca. Y se rió. Y dijo:

–Hermanito. Hermanito.

Y vinieron todos los que vivían en el palacio, y todos los que vivían fuera del palacio. Y se rieron a más no poder. Y dijeron:

–Príncipe. Príncipe.

Porque todos estaban contentos de que Kamaralakmar hubiera regresado sano y salvo.

Pero el príncipe no estaba contento.

–Me voy a recostar un rato –dijo–. Me duele la cabeza. No me siento bien.

–Estás un poco pálido –dijo la mamá.

–Habrá sido el viaje –dijo el padre.

–Yo creo que está enamorado –dijo Rosa Blanca.

Todo el día estuvo recostado el príncipe, con la cara larga, pensativo. Pensaba en la princesa Más Hermosa. Y se decía:

–Estoy enamorado de la princesa. Pero su padre no me quiere y me considera un ladrón. ¡Qué lástima!  
Y se quedó en la cama, más triste cada vez, y más pálido, sin querer comer, ni beber, ni hablar con nadie, ni nada.  
Y al día siguiente igual.  
Y al tercer día igual.  
Hasta que al cuarto día llegó un mensajero con una carta para él. La carta decía:

*Querido futuro yerno: te pido disculpas por lo que te hice.  
Te comunico que mi hija no come, ni bebe ni nada desde el día en que te fuiste en ese caballo volador. ¿No querrías ser su esposo?  
Firmado: el padre de la princesa Más Hermosa.*

–¡VIVAAAAAA! –gritó Kamaralakmar cuando leyó la carta.  
Y saltó de la cama.  
Buscó al caballo volador. Montó en él. Movié la palanquita y se fue volando a buscar a la princesa.  
Horas después aterrizó en la terraza que ya sabemos y bajó por la escalera para buscar a Más Hermosa.  
–Rey –dijo un guardia–. ¡Hay un caballo en la terraza!  
–Es él –dijo el rey.  
–Es él –repitieron todos  
–Es él –dijo Más Hermosa–. Es el príncipe que viene a buscarme.  
Y todos corrieron hasta la escalera para recibirlo.  
–Viva el príncipe Kamaralakmar –gritó uno.  
–¡Viva! –gritaron todos.  
–Y viva el caballo volador –gritó otro.

–¡Viva!

–Oh, estimado rey padre de la princesa Más Hermosa y futuro suegro: yo quisiera pedirle la mano de su hija –dijo el príncipe.

–Concedida –dijo el rey.

–¡Viva! –dijo Más Hermosa.

Después el príncipe preguntó:

–¿Puedo llevar a la princesa a mi palacio para presentarla a mis padres?

–Sí, señor –contestó el rey padre de Más Hermosa–. Pero con una condición.

–¿Cuál?





–Qué después me dejes dar una vuelta en el caballo volador.

–De acuerdo –dijo el príncipe.

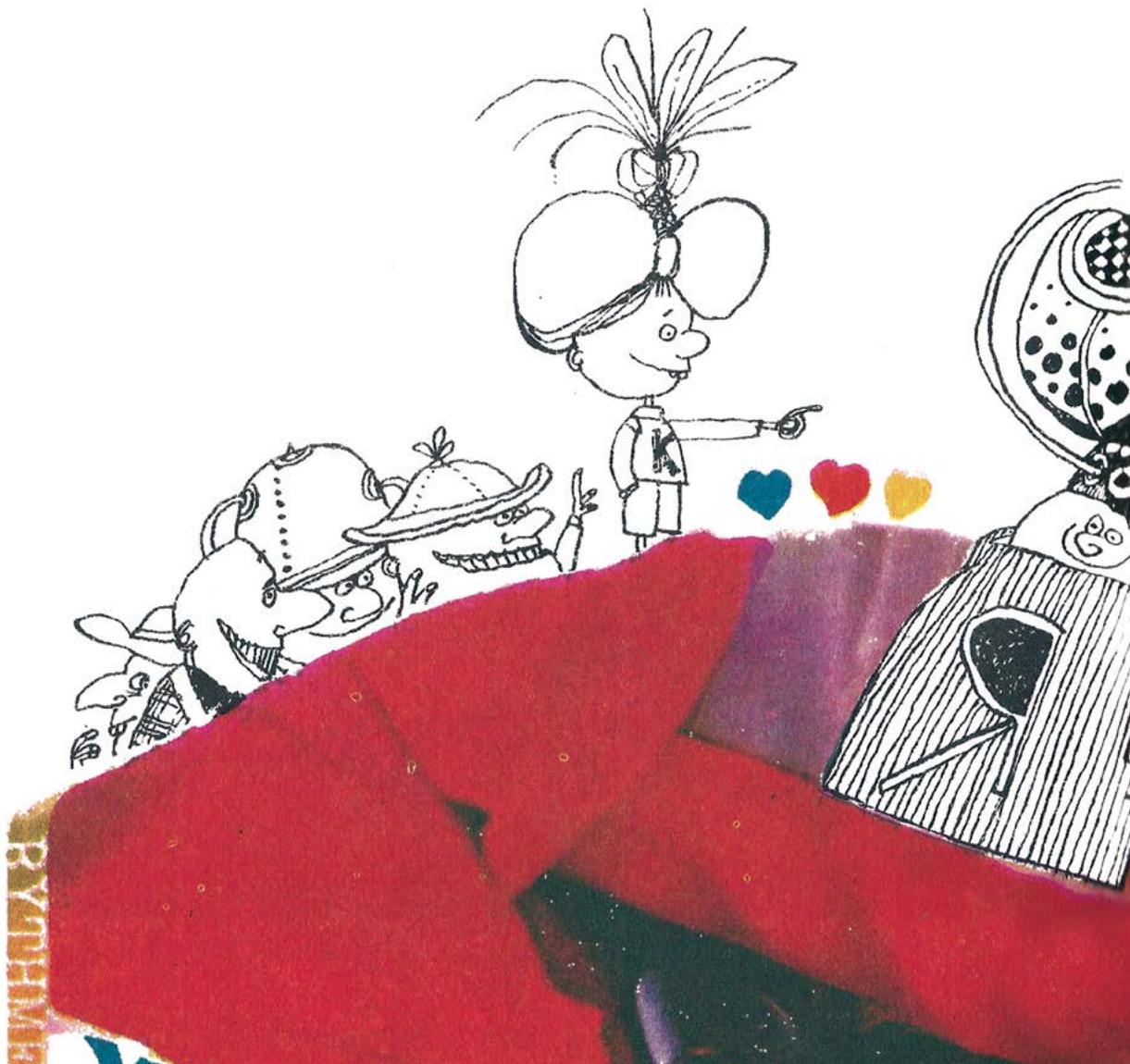
Después subió a la terraza con Más Hermosa y, montando en el caballo de madera, la llevó volando a su palacio.

Al llegar, aterrizó en el jardín.

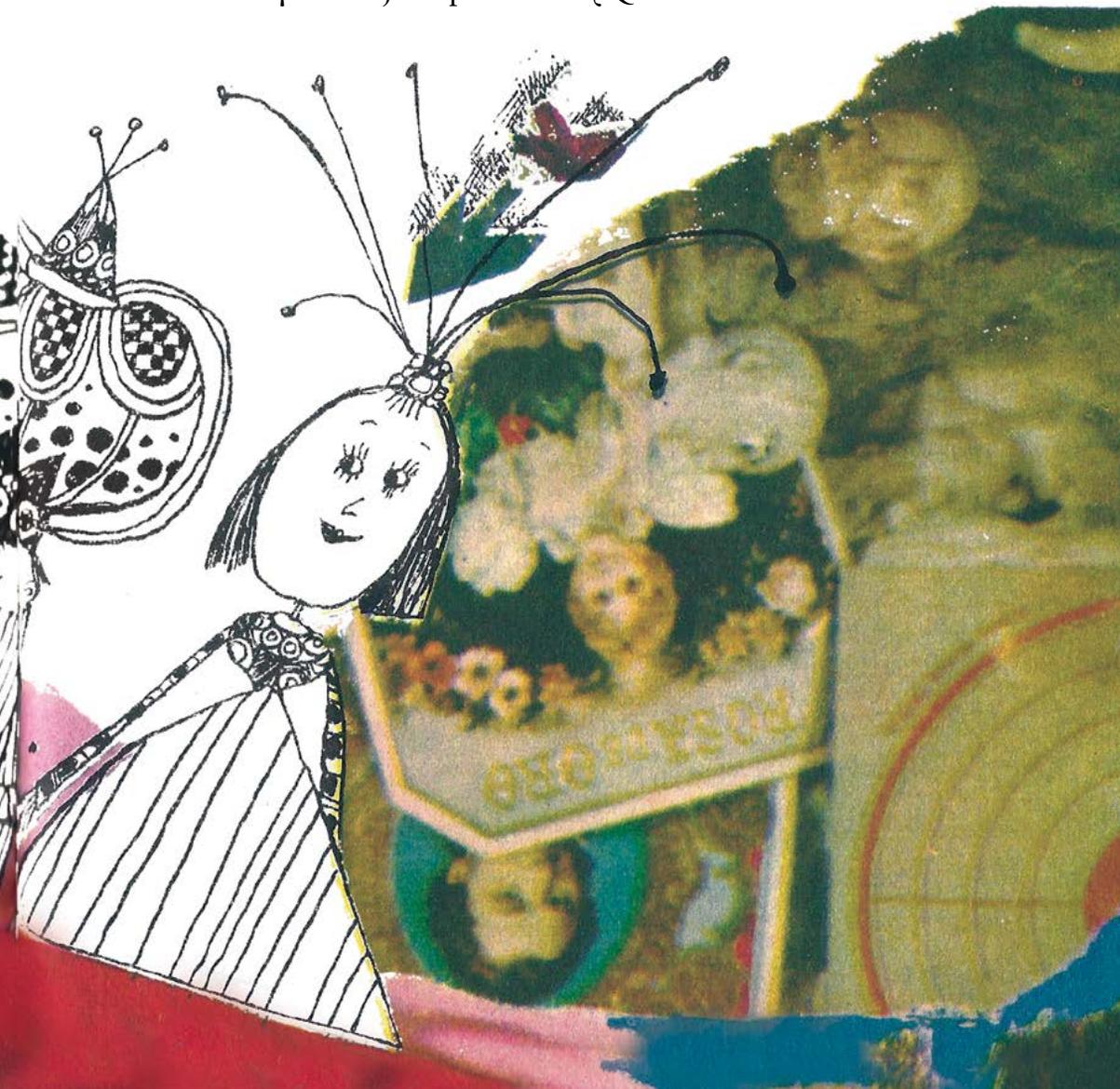
–Espérame aquí –dijo a la princesa–. Voy a buscar a mis padres.

Y la dejó en el jardín.

Pero resulta que por allí andaba rondando el mago viejo, el que le había regalado el caballo al rey de Persia para casarse



con Rosa Blanca. Y como siempre estaba tramando alguna venganza, se le ocurrió desquitarse con Más Hermosa. Y haciéndose el buenito se le acercó y le dijo:  
–El príncipe Kamaralakmar me ha pedido que te lleve ante sus padres.  
Y sin esperar respuesta, subió al caballo. Y ni bien subió, movió la palanquita. Rápidamente, el caballo se elevó por los aires, llevando al mago y a la princesa.  
–¡Eh! –dijo la princesa–. ¿Qué haces?



–Esto es un secuestro, jovencita –respondió el mago.

–¿Y adónde me llevas?

–Al palacio de algún rey poderoso, para venderte como esclava y vengarme así de Kamaralakmar, de su hermana y de su padre.

–Buaaa... –lloró la princesa.

–Ja, ja, ja, ja –rió el mago.

En ese momento vio un palacio muy grande y hermoso.

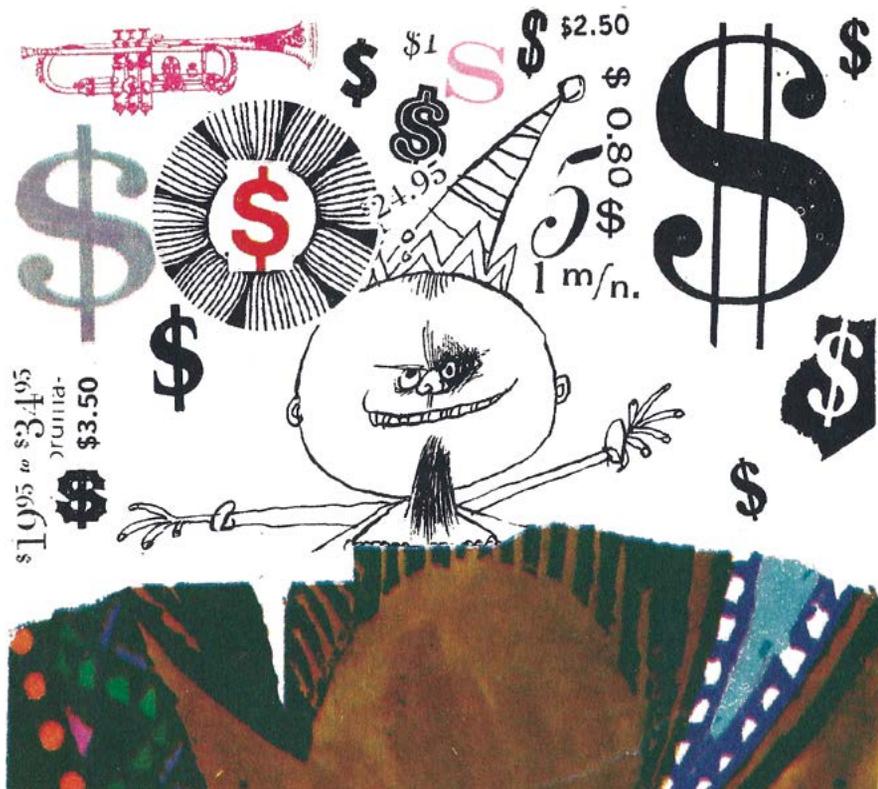
Y pensó:

–El rey que vive en ese palacio debe ser muy poderoso. Por lo tanto, aterrizaré allí y venderé a la princesa. Me pagarán bien.

Pero el mago, a pesar de su magia, no adivinó que ese palacio era el del padre de la princesa.







Y la princesa, por supuesto, no le dijo nada. Ni siquiera cuando el mago aterrizó.

–Hay un caballo en la terraza –dijo uno del palacio.

–Es mi futuro yerno que regresa con mi hija

Más Hermosa– dijo el rey.

Pero cuando vio que por la escalera bajaba, en vez del príncipe, un viejo gordo, pelado y feo, no supo qué pensar. Y menos todavía cuando vio que el viejo arrastraba a su hija, la princesa.

–¡Oh, gran rey! –dijo el mago–. Esta jovencita que aquí ves es una hija mía y vengo a vendértela como esclava.

–¿No me digas? –dijo el rey.

Y agarrando al mago por el pescuezo, le dijo:

–Esa hija tuya es mi hija. ¡Sinvergüenza! Ahora vas a ver lo que te va a pasar.

Pero el mago escapó escaleras arriba, hacia la terraza, y montó en el caballo. Enseguida movió la palanquita. Pero el caballo, a pesar de ser de madera, tenía un gran corazón y, haciendo unos corcovos, hizo caer al mago. Y ni bien cayó, el rey y todos sus amigos se le arrojaron encima y lo metieron preso. Después, Más Hermosa contó a su papá cómo había hecho el mago para secuestrarla.

–No importa –dijo el rey– porque todo se arregló. Lo único que debemos hacer es llegar lo antes posible al palacio del rey de Persia.

–Yo puedo guiar al caballo volador hasta allí.

–Vamos –dijo el padre.

Y ya iba a subir al caballo cuando se acordó de su hijo, el príncipe Más Hermoso.

–Un momento –dijo el rey–; quizá nos convenga llevar también a Más Hermoso y presentárselo a Rosa Blanca. A lo mejor se enamoran y se casan.

Y sin pérdida de tiempo, el rey buscó a su hijo Más Hermoso y lo hizo subir en el caballo. Después subió él y después subió la princesa. Y los tres se fueron volando hasta el palacio del rey de Persia. Llegaron, aterrizaron en el jardín y se reunieron con Kamaralakmar.

–¿Y cómo hicieron tu papá y tu hermano para venir aquí tan pronto? –preguntó Kamaralakmar.

Entonces la princesa le contó todo. Después, el príncipe presentó a sus padres, que quedaron muy encantados por la belleza



y la buena educación de la princesa Más Hermosa. Después, Kamaralakmar y Más Hermosa se casaron. Y también se casaron Rosa Blanca y el príncipe Más Hermoso.

"El caballo volador" Colección Azulejitos (16) ©2007 Editorial Estrada S.A.  
Ilustraciones © Antonio Mongiello (Napoleón)

CHARLES PERRAULT  
LOS TRES  
DESEOS

---

**Escrito por:** Charles Perrault

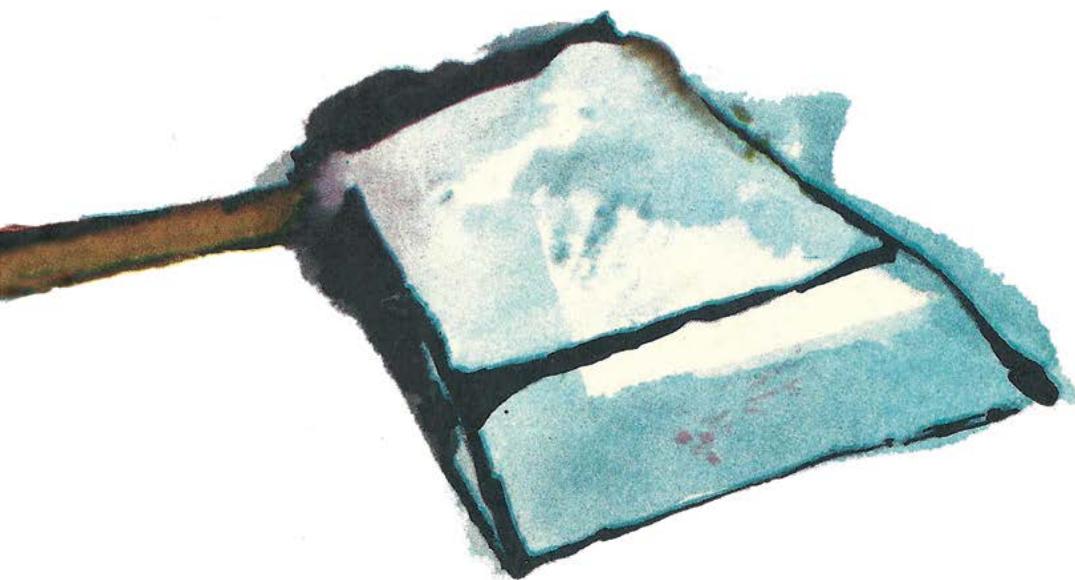
---

**Adaptado por:** Beatriz Ferro

---

**Ilustrado por:** Oscar Grillo



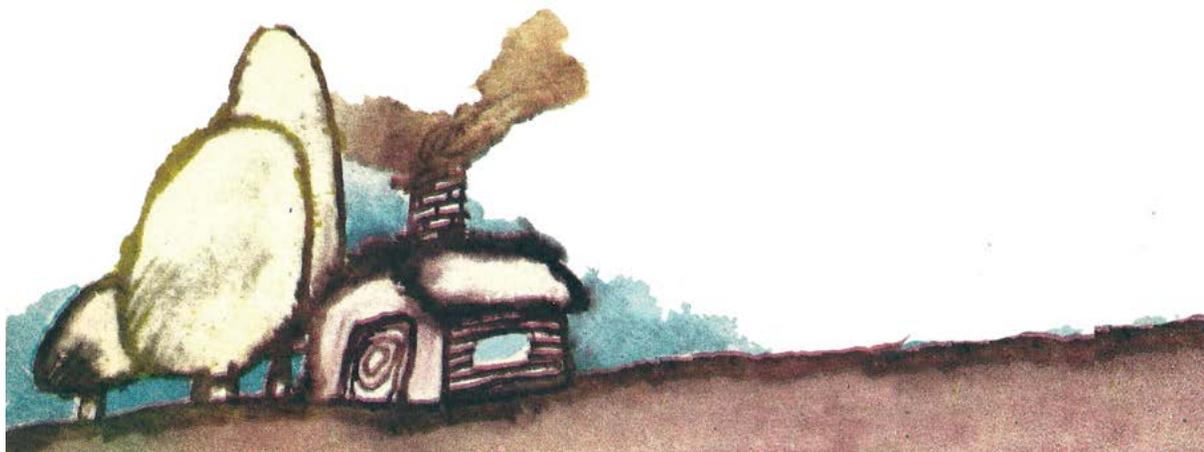


Había una vez un leñador que se quejaba siempre.  
—¡Soy tan pobre! —decía—. Hasta las ratas del bosque tienen más que yo.

Entonces su mujer le recordaba que tenía una hermosa cabaña de troncos, cuatro hachas buenas y también un sombrero nuevo, reluciente como la piel del topo. (En realidad el sombrero nuevo era muy viejo, es decir, lo había comprado para su casamiento hacía muchos años y estaba sin usar, guardado en una caja).

—¿Para qué sirve tener un sombrero nuevo? —protestaba el leñador—. ¿Sirve para ir al baile de los conejos o al cumpleaños de la lechuza?

—Sirve... ¡para tener un sombrero nuevo! —contestaba su mujer. El leñador y la leñadora vivían en un buen lugar cerca del bosque; las flores crecían solas alrededor de la cabaña y el cielo estaba siempre despejado y azul. Pero a él nada lo alegraba. Un día, estaba el leñador trabajando en el bosque cuando, de repente, el cielo se cubrió de nubarrones. “Esto faltaba”, pensó entonces. “Tormenta en puerta; ¡mala suerte!”.





Pero el leñador se equivocaba.

Los nubarrones que oscurecían el cielo ocultaban a un personaje muy importante. Porque en aquel bosque se refugiaban muchos dioses antiguos y entre ellos estaba Júpiter, un dios griego muy viejo y poderoso.

De pronto, brilló en el cielo una espada de luz, estalló un trueno y, enseguida, los nubarrones se abrieron como un telón gris y en el medio apareció el propio Júpiter.

El leñador sintió miedo y se hizo pequeñito, pequeñito, para pasar inadvertido. Pero a aquellos dioses antiguos no se les escapaba nada y Júpiter lo señaló con su dedo.





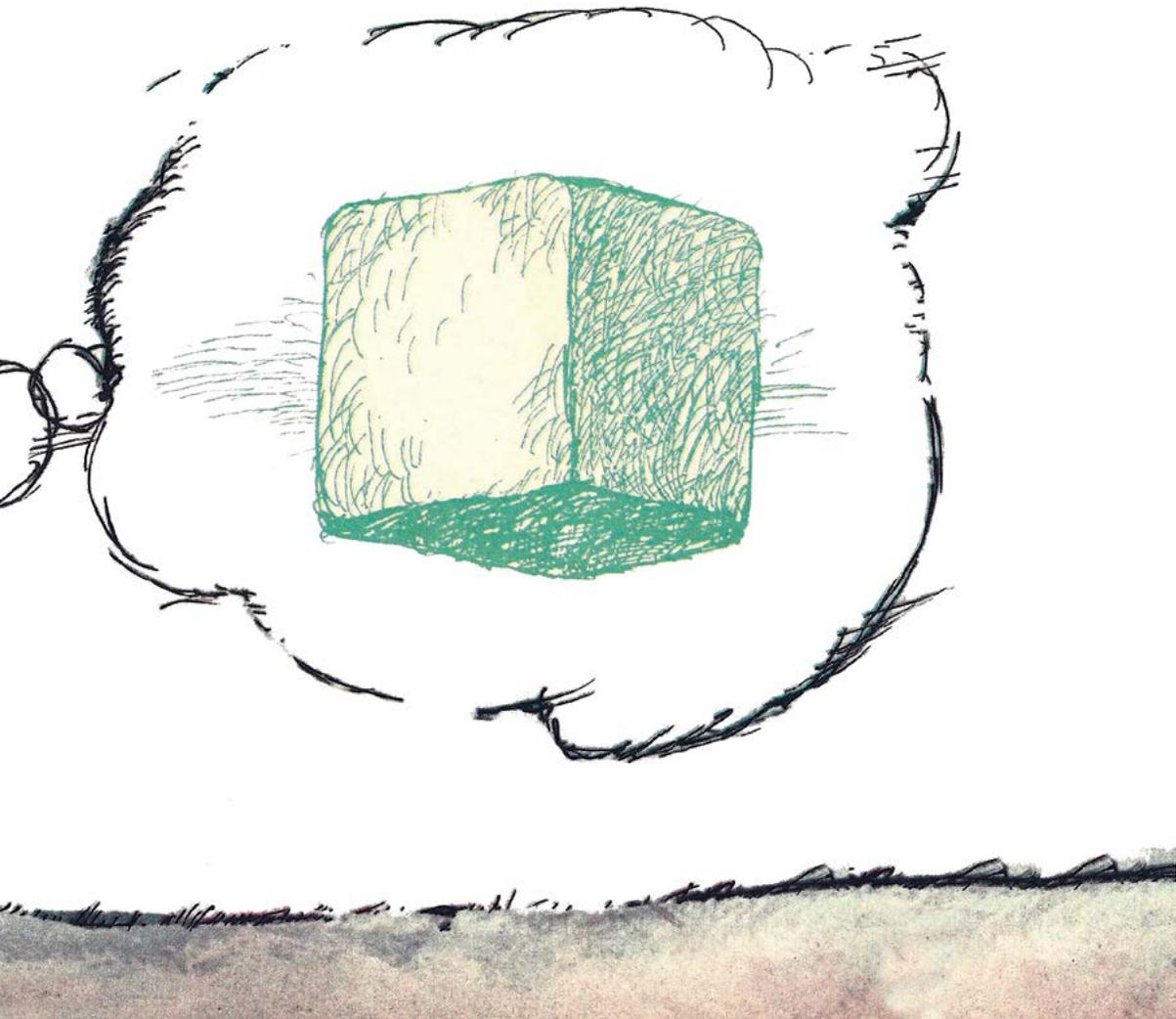
“Me ha visto”, se dijo el leñador. “¡Mala suerte!”.  
–¡BUENA SUERTE! –tronó Júpiter tonante–. Estoy cansado de oírte repetir “¡mala suerte!”; ¿no sabes decir otra cosa? Tus quejas empañan el aire y enturbian el canto de los pájaros. Pero ya basta: se terminaron tus lamentos porque yo, Júpiter, te haré el más dichoso de los hombres. Te otorgo tres deseos: lo que tú quieras se cumplirá si lo pides desde el fondo de tu corazón y lo dices en voz alta. ¡Adiós leñador, y déjate de protestar!

El telón de nubarrones se cerró y el leñador aplaudió de alegría, aunque tímidamente, como si hubiese sido el único espectador en un teatro muy grande.

“Entonces... ¿tengo suerte?”, se preguntó. Y se contestó a sí mismo, ya convencido: “¡Sí, sí tengo suerte! Puedo desear lo que se me antoje; por ejemplo, que el sol se vuelva cuadrado y verde y que gire al revés!”.



Entonces se dio cuenta de que estaba imaginando tonterías  
y que podía malgastar los tres deseos.  
Lo mejor era volver a la cabaña, a pensar con calma; regresó  
caminando rápido, rápido y, para no tentarse, entrecerró  
los ojos y dejó la mente en blanco como un cuaderno nuevo.

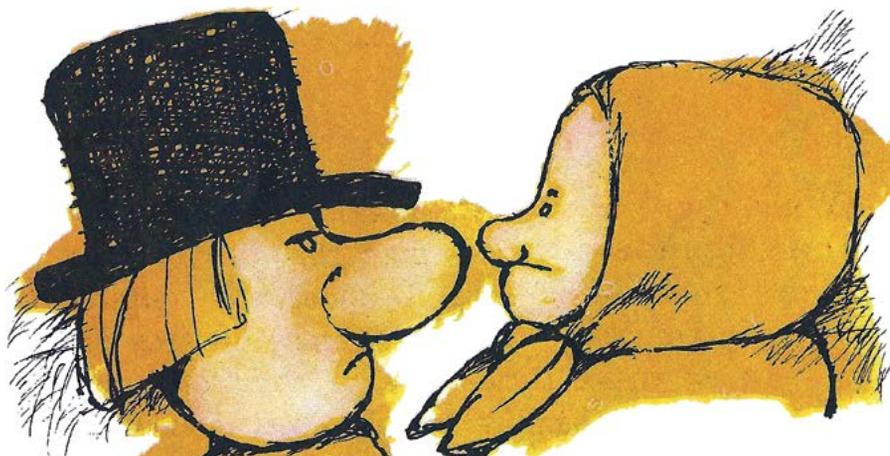


Cuando llegó, contó a su mujer lo que le había sucedido. La leñadora dio gracias al cielo y le preguntó si ya sabía lo que iba a pedir.

–Aún no –dijo el leñador–. No es tan sencillo como parece... Estas cosas hay que meditarlas muy bien. Para empezar, dame el sombrero nuevo.

La leñadora no le preguntó para qué lo quería; comprendió que aquella era una gran ocasión, digna de usar el sombrero nuevo. El leñador tomó el sombrero, alisó la copa con el revés de la manga y se lo puso. Después pidió a la mujer:

–Ahora trae dos sillas.



La leñadora acercó dos sillas y las colocó enfrentadas junto al hogar encendido. Luego se sentaron los dos.



—¿Y ahora qué haremos? —preguntó la leñadora.

—Ahora, pensemos qué nos gustaría tener, yo por mi parte y tú por la suya. Después nos contaremos lo que hemos deseado, elegiremos los tres deseos mejores y pediremos que se cumplan.

—¡Qué maravilla, bendito sea Júpiter! —exclamó la mujer—. ¿Puedo desear una cabaña más grande?

—Hasta un castillo de cincuenta habitaciones si se te antoja —dijo el leñador repantigándose en la silla.

—¿Cincuenta habitaciones? ¿Y tendré que limpiarlas todos los días?



—¡Puedes pedir veinte criados!

—¿Veinte criados? —saltó la mujer—. Con la poca memoria que tengo, ¿cómo haré para recordar sus nombres? ¿Y si no alcanzan veinte criados?

Entonces el marido la interrumpió:

—¡Silencio, mujer! Pensemos con calma; pensemos in-te-li-gen-te-men-te.

—In-te-li-gen-te-men-te —repitió la leñadora.

Pero ni el marido ni la mujer estaban acostumbrados a pensar en cosas que parecían inalcanzables y no se les ocurrió absolutamente nada.

–Tengo la mente en blanco –dijo la leñadora–. Las ideas se me volaron como pajaritos.

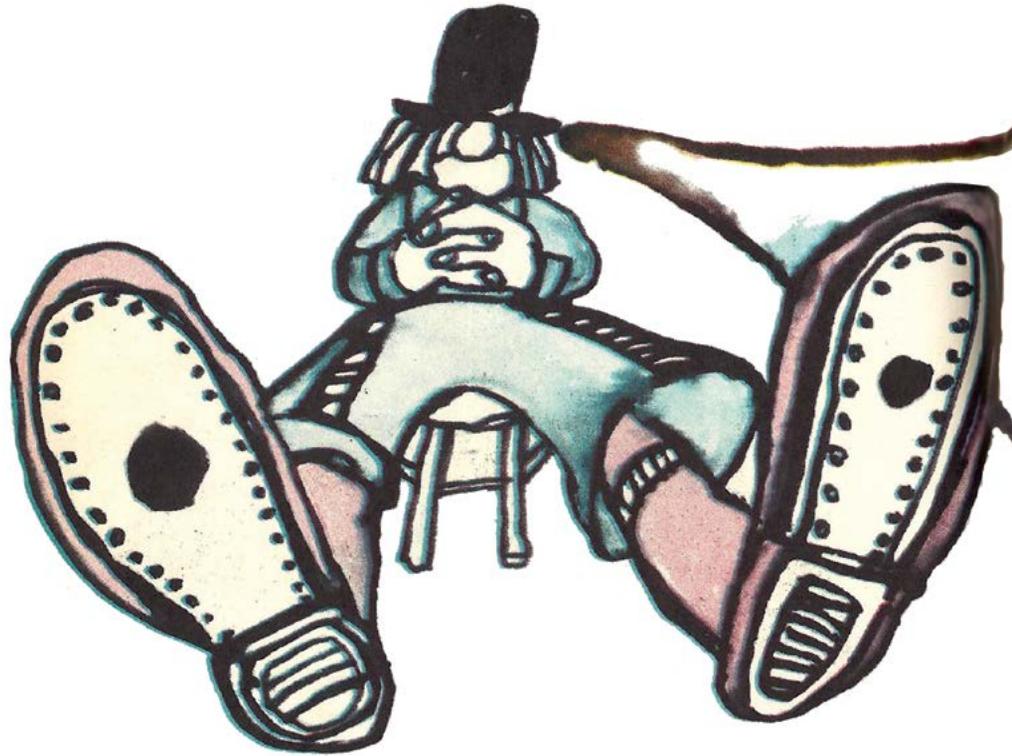
–¡Silencio! –gruñó el leñador, muy fastidiado porque a él también se le habían volado las ideas.

Como les costaba mucho trabajo pensar, comenzaron a imaginar cosas como cuando eran pequeños y soñaban. La mujer dejó vagar la vista por su delantal floreado y se dijo:



“Quiero un jardín muy grande, con flores y árboles.  
Que en los árboles broten quesos, jamones y panes  
para no tener que cocinar.  
Que haya flores como copitas, unas con vino y otras con miel.  
Que los gusanos de seda fabriquen la ropa y que las arañitas  
tejedoras zurzan y remienden.  
Que no vuele el polvo pero, por si algo se ensucia, que haya  
un manantial de agua caliente para lavar la ropa.  
Que yo pueda pasearme todo el día como una señora,  
sin hacer nada.  
Que en el jardín vivan un perro, un gato, una vaca y un burro,  
porque es lindo tener animales.  
Que vengan de visita los pájaros y las mariposas y las mujeres  
de los otros leñadores y sus niños.  
¡Que haya un cañaveral  
de caramelos para los niños!  
Que no llueva nunca,  
pero que en un árbol broten paraguas de todos colores  
porque nunca está de más tener un paraguas...”



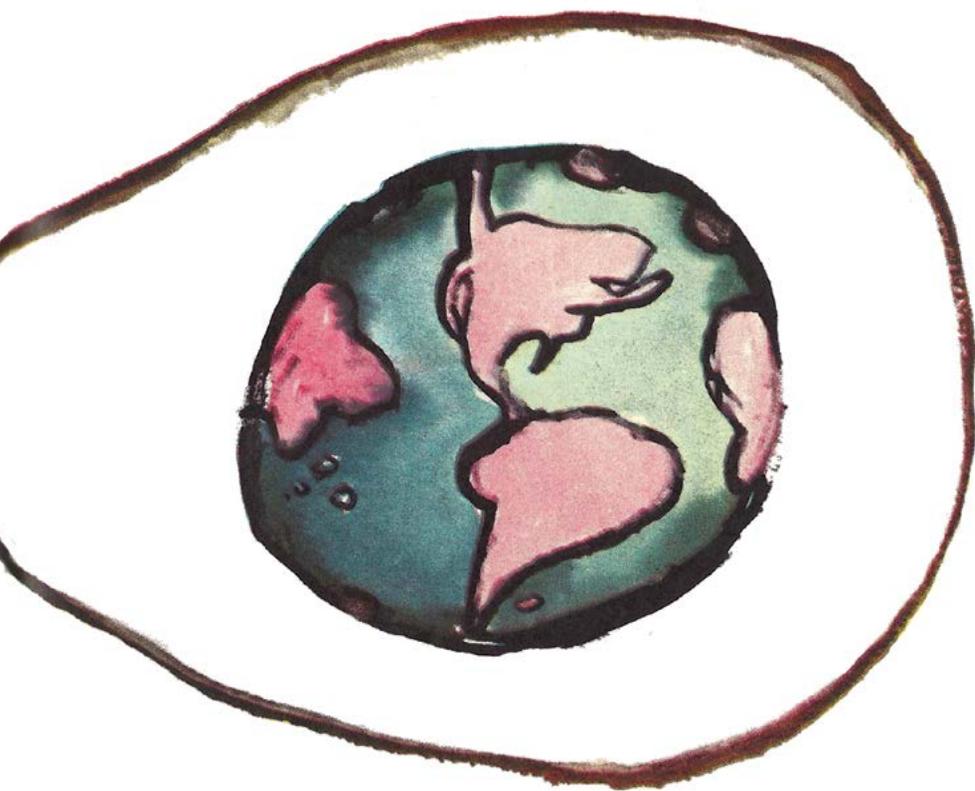


El leñador, por su parte, estiró las piernas, se miró las botas gastadas y se dijo:

“Quiero botas sin agujeros en la suela para recorrer un bosque muy grande.

Quiero que todo ese bosque sea mío y que haya miles y miles de sierras que corten los troncos y silben como una orquesta de violines.

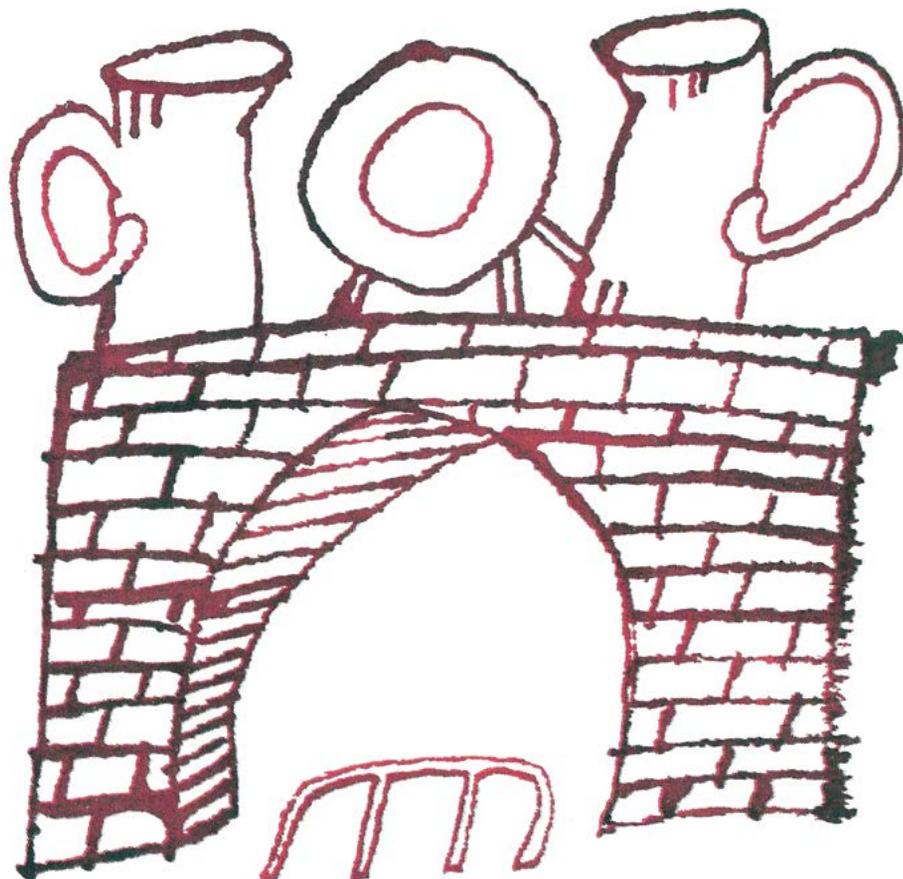
Quiero tener un gran aserradero; que compren mi madera los fabricantes de ruedas para hacer todas las ruedas del mundo;



que la compren los reyes para hacer sus tronos adornados con piedras preciosas y los dueños de los astilleros para hacer los mástiles de los barcos. Cuando sea muy rico, quiero que un ingeniero me haga una nave de madera con mi nombre pintado, que sirva para correr por la carretera, para navegar por el río y para volar por el cielo. Quiero ser tan famoso que los hombres que espían la Tierra desde sus planetas digan: `Esa es la Tierra; allí vive el Leñador Famoso`”.

El leñador y su mujer se adormecieron junto al fuego pensando como sabían, imaginando cosas maravillosas. De pronto, crepitó un leño y los dos abrieron los ojos.



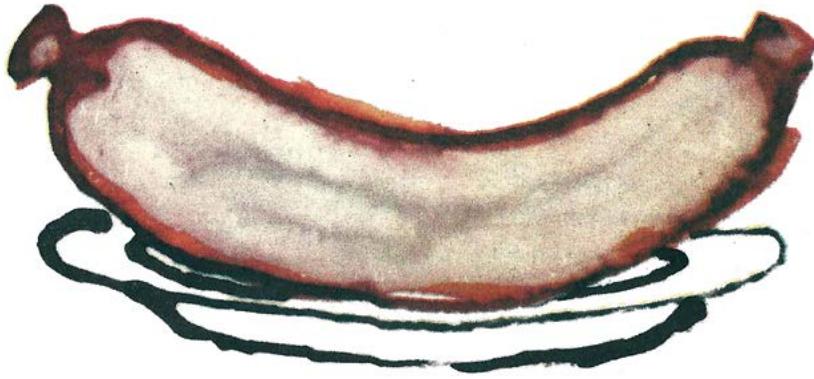


Entonces el hombre se desperezó y sintió hambre, mucha hambre. La comida no estaba hecha y, de repente, sintió ganas de comer una salchicha; entonces, desde el fondo de su corazón, exclamó:

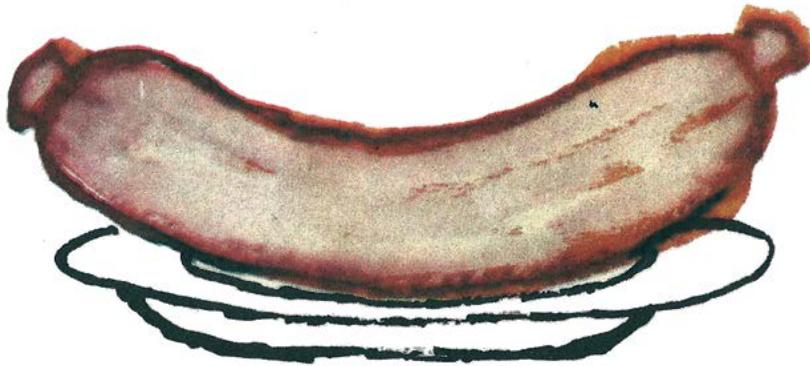
–¡Qué bueno sería comer una salchicha!

La mesita que tenían cerca estaba vacía, pero no bien pronunció el deseo, apareció encima una cosa.

–Y eso, ¿qué es? –preguntó el leñador, sobresaltado–. ¿Quieres mirar tú, mujer?



–Yo veo una salchicha. ¡La mesa estaba vacía y ahora hay encima una salchicha! –dijo la leñadora, y agregó muy divertida–: Apareció sola, no tuvimos que ir a comprarla... ¡tenemos una salchicha gratis!



El marido se puso pálido como el mantel.  
–¿Te das cuenta? –gritó– . ¡He malgastado un deseo! Podía haber pedido cien mil kilos de oro y en cambio pedí trescientos gramos de salchicha. ¡Esto no puede perdonarse!

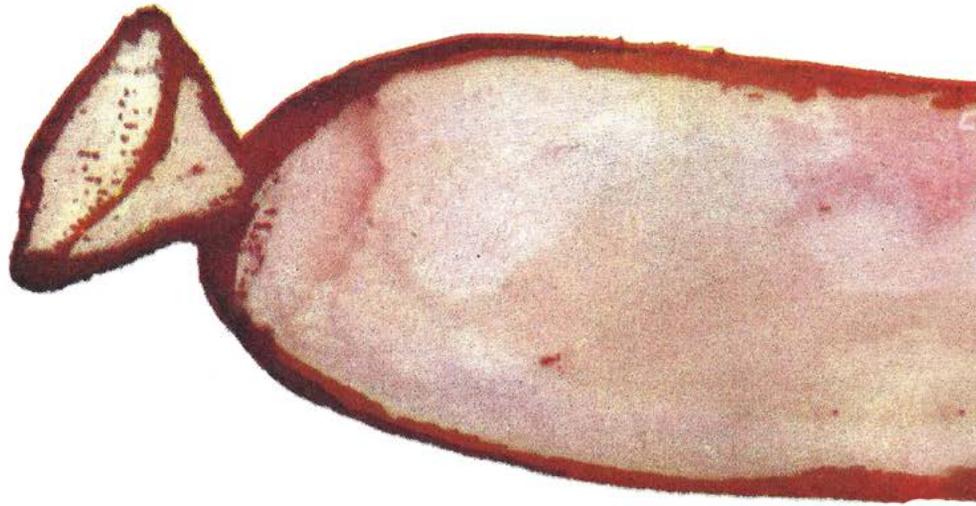
—¿Eso ocurrió? —preguntó la leñadora abriendo grandes los ojos— ¡Es claro que no puede perdonarse! ¿Para eso pensamos tanto? ¡Y yo que lo tenía todo planeado para ser felices! ¡Eso ocurrió porque solo piensas en la comida, gordo glotón! ¡Cómete la salchicha!

El leñador se puso hecho una furia.

—¿De veras crees que quiero comérmela? ¿No te das cuenta de que ahora odio la salchichas? ¡Por tonta mereces que se te pegue en la nariz la salchicha!



Estaba tan enojado que lo deseó de veras y, apenas lo dijo, la salchicha dio un brinco y fue a pegarse en la nariz de la leñadora.



La leñadora se puso bizca, tocó la salchicha y tironeó tratando de desprendérsela, pero todo fue inútil.  
—¡Qué desgracia! —gritó desesperada, en un mar de lágrimas—. Yo me imaginaba linda y feliz, paseando por mi jardín como una princesa, y mírame ahora: ¡parezco una bruja!



El marido también se puso a llorar. Había malgastado tontamente el segundo deseo y, como si eso fuera poco, estaba casado con la mujer más ridícula del mundo.  
–Veamos –dijo por fin el leñador–. Pensemos con calma... Nos queda solamente un deseo y-no-po-de-mos-mal-gas-tar-lo.  
La desdichada leñadora no dejaba de llorar:





–¡Tienes que hacer algo! ¡Yo no quiero vivir pegada a esta nariz postiza! Estoy horrible...

–Tal vez se vaya sola –dijo el leñador.

–¡Estas desgracias no se van solas!

–Tal vez lo mejor sea pedir muchísimo dinero, así podremos ver al mejor médico del mundo para que te cure.

–¿Un médico? –preguntó la mujer–. ¿Qué puede hacer un simple médico contra un deseo que se cumplió por voluntad de Júpiter?

El marido insistió; le propuso que usara vestidos con cuellos muy altos o sombreros con ala muy baja para disimular la nariz, pero no pudo convencerla.



De repente, viendo que su mujer estaba tan fea, el leñador deseó con todo el corazón volver a ver su linda nariz y su cara alegre. Y sin dudar más utilizó el último deseo que le quedaba y exclamó:





—¡Que desaparezca la salchicha!

Y en un instante desapareció como si todo hubiera sido un sueño.

Inmediatamente la leñadora dejó de estar bizca, se tocó su nariz pequeña, se miró en el espejo y rió de felicidad.



El leñador la abrazó, le dio un beso en la nariz y se rió con ella.

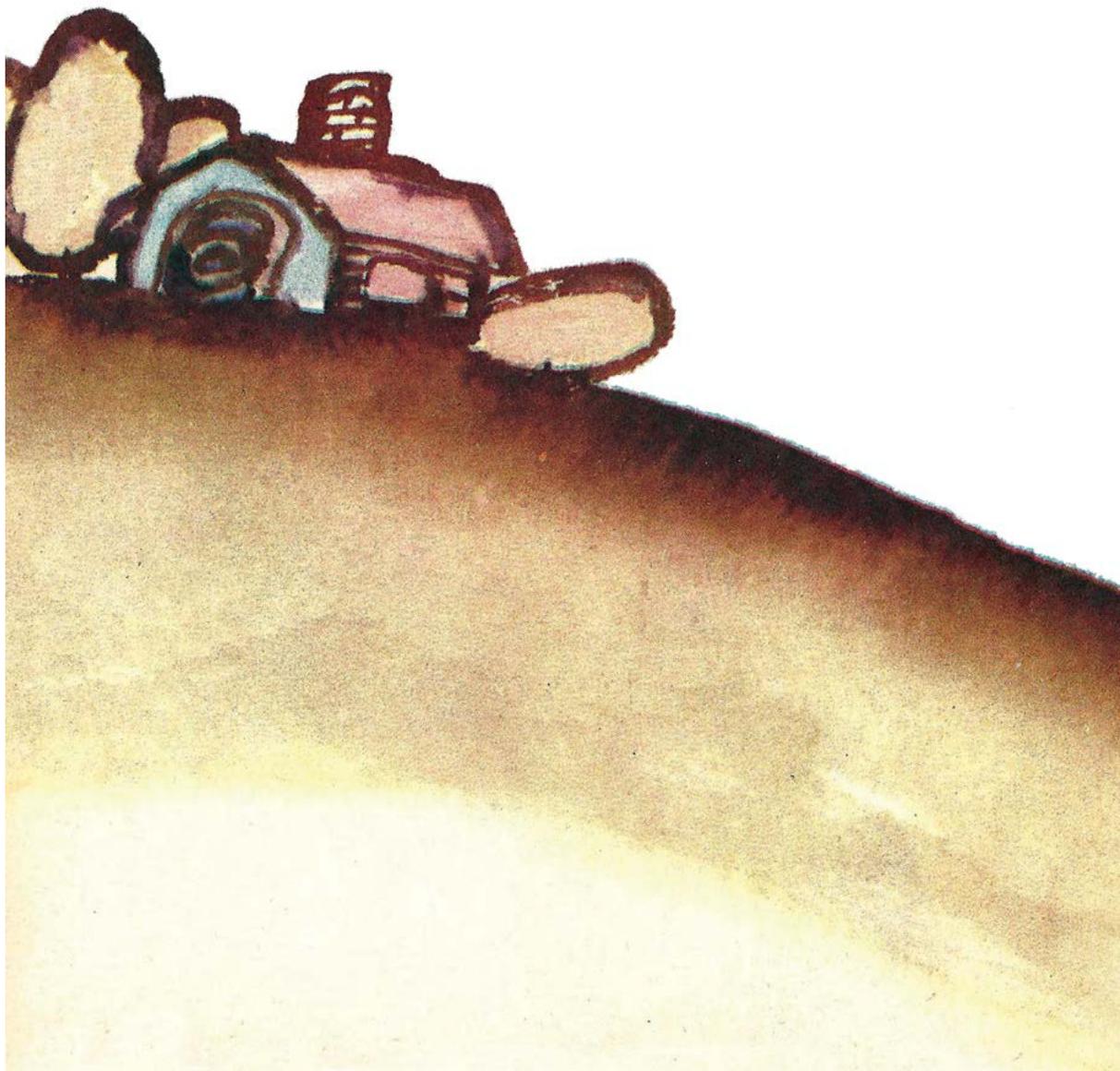
—¡Ah, qué alegría volver a ver mi propia cara!

—¡Qué raro dijo el leñador!

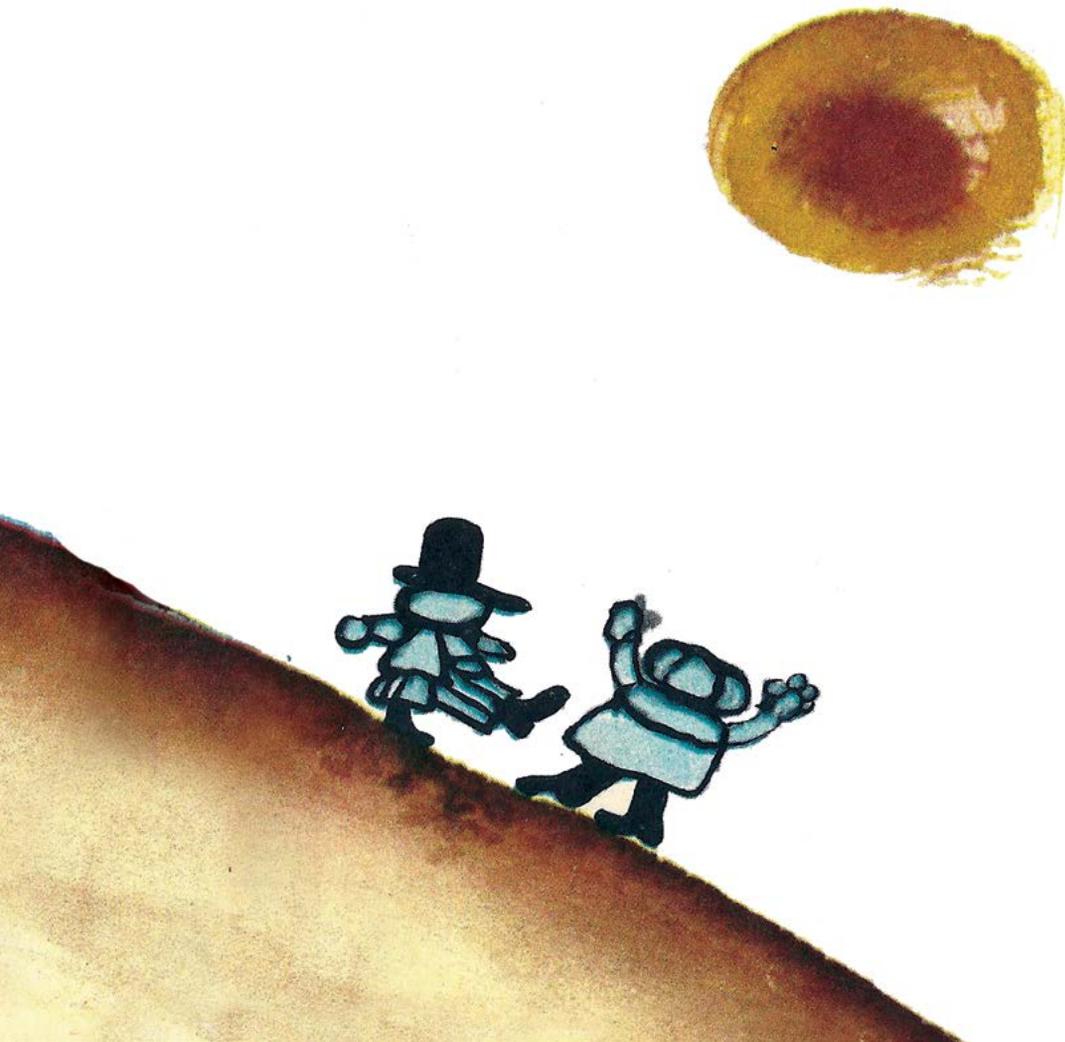
—¿Qué es lo raro? —preguntó la mujer.



—¡Me parece que estás más linda que antes!  
Y olvidaron los deseos malgastados y las fortunas perdidas;  
se dieron el brazo y salieron a pasear, aprovechando

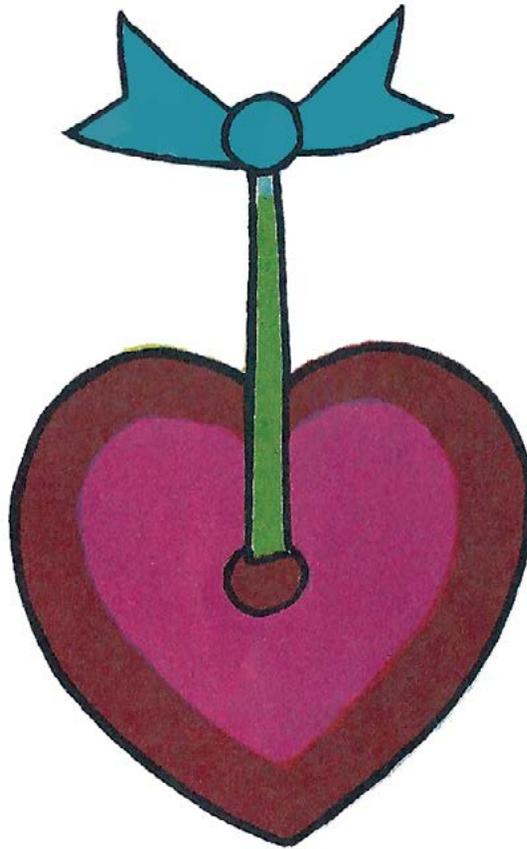


que el leñador tenía puesto el sombrero nuevo.  
Tal vez fueron a dar un paseo por el bosque, o a visitar a otro  
leñador, o al cumpleaños de la lechuza.



Lo cierto es que estaban contentos como si se hubiesen cumplido todos sus sueños.  
Y dicen que el leñador no volvió a quejarse en todo el día.





# Hansel y Gretel

---

**Escrito por:** Jakob Grimm y Wilhelm Grimm

---

**Adaptado por:** Beatriz Ferro

---

**Ilustrado por:** Agi





Cerca del bosque vivía un leñador muy pobre con su mujer y sus dos hijos. El niño se llamaba Hansel y la niña, Gretel. En los buenos tiempos la familia apenas tenía qué comer, y en los malos tiempos se morían de hambre.

Una vez -eran los malos tiempos- el leñador, muy apenado, le dijo a su mujer:

–No sé qué comerán los niños ni qué será de nosotros: todo lo que nos queda son dos pancitos.

–Yo tengo una idea –dijo la mujer, que en realidad no era la mamá sino la madrastra de los niños–. Mañana temprano los llevaremos al bosque y los abandonaremos allí. Y allí se quedarán, pues no sabrán encontrar el camino de vuelta a casa, y se alimentarán con hongos y frutos silvestres.

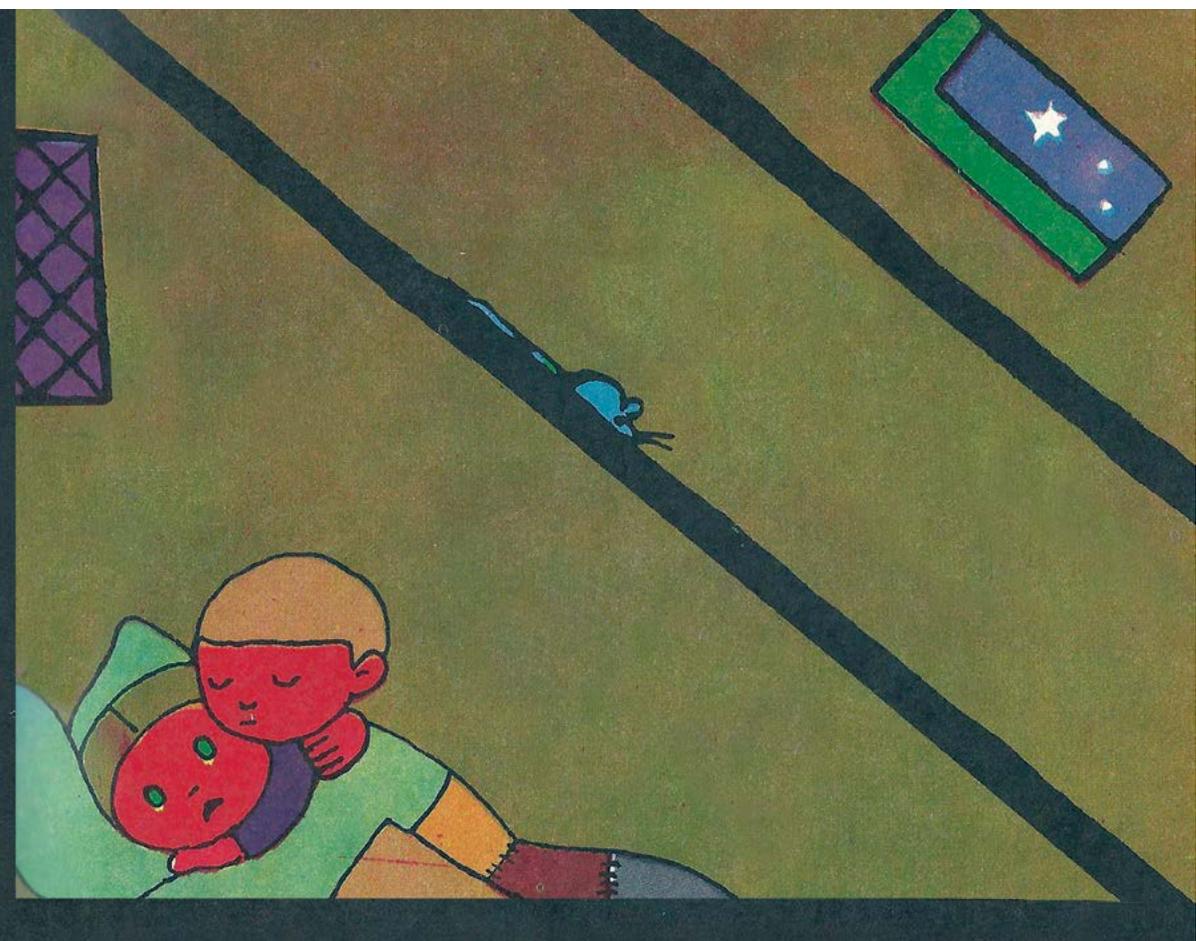
El padre protestó, dijo que las fieras del bosque podrían atacar a los niños y que de ninguna manera quería separarse de ellos.



Sin embargo, la madrastra habló tanto y le dio tantas razones que terminó por convencerlo.

Pero no imaginaban que los niños estaban despiertos y habían escuchado la conversación desde sus camas. Gretel lloró amargamente pensando en lo que les esperaba, pero Hansel la consoló diciéndole:

–No llores, Gretel. ¡Ya me las arreglaré para que el plan de la madrastra no resulte!



Cuando sus padres se acostaron y se durmieron,  
Hansel se levantó, se puso la chaqueta y, sin hacer ruido,  
salió afuera.

La luna estaba alta y su luz se reflejaba en las piedritas del jardín,  
que brillaban como monedas de plata. Hansel recogió muchas  
piedritas, todas las que pudo guardarse en los bolsillos. Después  
volvió a la casa y le dijo a Gretel:

–Duérmete, hermanita. Y no tengas miedo: todo saldrá bien.

Y se acostó.

Cuando despuntó el día, antes de que el sol asomara, la madrastra despertó a los niños:

–¡Arriba, idiotas! Vamos al bosque a cortar leña.

Antes de partir, les dio a cada uno un pedazo de pan y les advirtió que debían guardarlo hasta mediodía, pues ese sería el único almuerzo.

Gretel puso los dos pedazos en su delantal, pues los bolsillos de Hansel estaban repletos de piedritas.

Los cuatro se fueron camino del bosque; habían recorrido un trecho corto cuando Hansel empezó a detenerse y a volver la cabeza en dirección a la casa; una y otra vez se detuvo y miró hacia la casa, hasta que por fin el padre le dijo:

–¿Qué estás mirando, Hansel? ¡Vamos, mueve esas piernas!

–Ya voy, papá –contestó Hansel– . Estaba mirando mi gatito blanco, que se ha subido al techo para decirme adiós.

–¿Qué gatito? –exclamó la madrastra –. ¡Dices tonterías! Es el sol que se refleja en la chimenea.

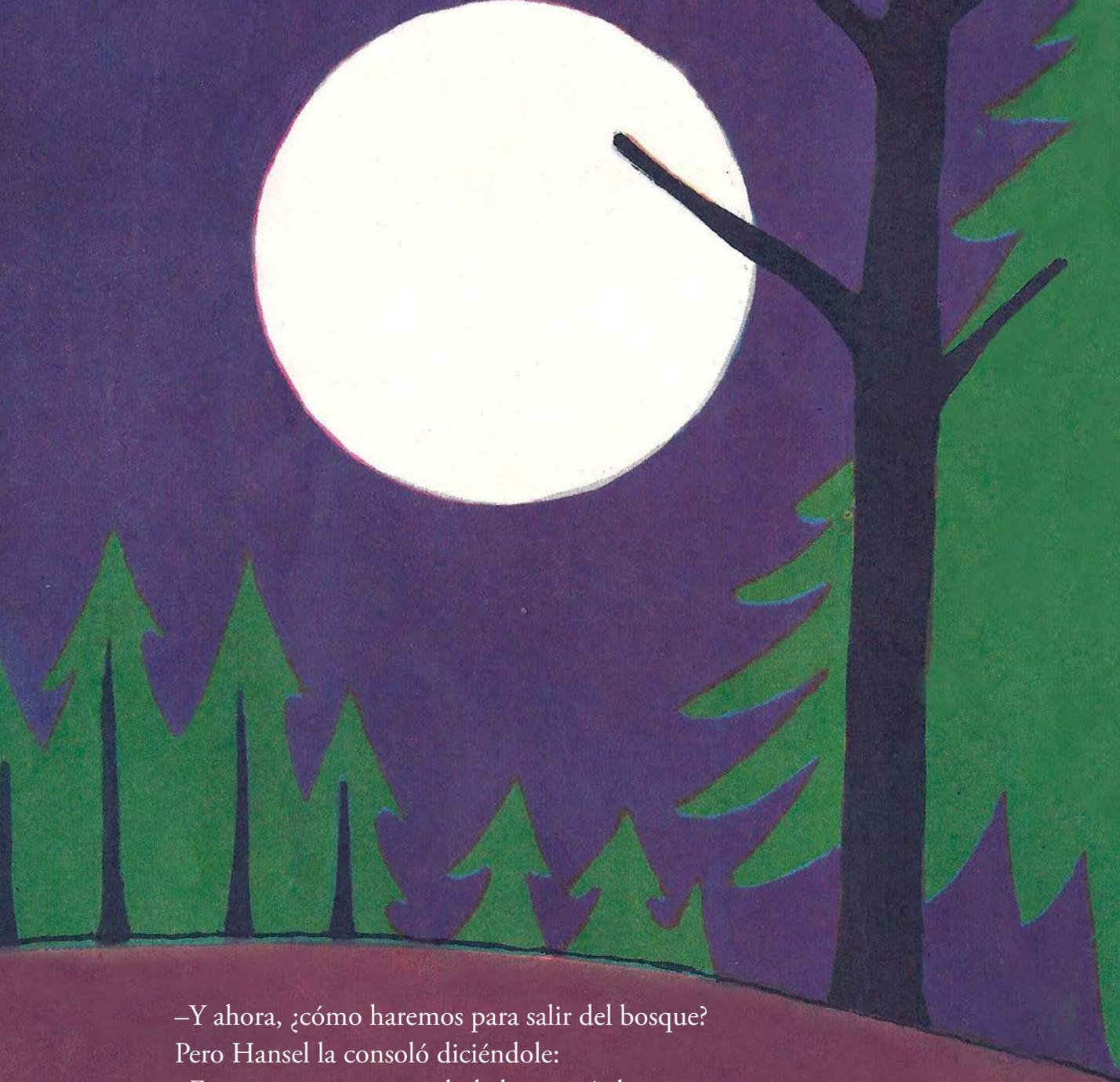
Por supuesto, Hansel no se volvía a cada rato para despedirse del gatito, sino para arrojar en el camino las piedritas que llevaba en el bolsillo.

Cuando llegaron al centro mismo del bosque, el papá les dijo a los niños que juntaran ramas para hacer una fogata con que calentarse; Hansel y Gretel juntaron una pequeña montaña de ramas y ramitas, el padre les prendió fuego y cuando las llamas altas brillaron, la madrastra les dijo:

–Ahora, niños, descansen junto al fuego; nosotros iremos a cortar leña, y cuando terminemos el trabajo vendremos a buscarlos.



Hansel y Gretel se sentaron junto al fuego, y a mediodía comieron los pedazos de pan. Creyeron que el padre estaba cerca, pues les parecía oír los golpes del hacha, pero lo que oían era el chasquido de una rama seca, movida por el viento, que golpeaba contra un árbol hueco. Allí se quedaron, hasta que el sueño les cerró los ojos y se durmieron. Cuando se despertaron era de noche; entonces Gretel empezó a llorar, mientras decía:



–Y ahora, ¿cómo haremos para salir del bosque?

Pero Hansel la consoló diciéndole:

–Espera un poco; ¡cuando la luna esté alta encontraremos el camino de vuelta a casa!

Y cuando la luna llena brilló sobre el bosque, Hansel tomó a su hermanita de la mano y empezó a caminar siguiendo el rastro de las piedritas que brillaban como plata y les indicaban el camino.



Anduvieron toda la noche, y al amanecer llegaron a su casa. Llamaron a la puerta, y cuando la madrastra, que fue a ver quién golpeaba, los vio, se puso a gritar: –¡Se han portado muy mal, Hansel y Gretel!  
¡Dónde se ha visto, quedarse dormidos en el bosque!  
¡El susto que nos dieron! ¡Creíamos que nunca más volverían a casa!  
El padre, en cambio, fue feliz al verlos, porque lamentaba en el alma haberlos abandonado en el bosque.

Pasaron los meses y volvieron los malos tiempos; una noche, los niños escucharon desde la cama que la madrastra decía: –No tenemos qué comer; todo lo que nos queda es medio pancito y después se terminó el cuento. No hay más remedio que llevar a los niños al bosque; esta vez los dejaremos más lejos para asegurarnos de que no encontrarán el camino de vuelta.

“Mejor sería compartir el último bocado con los niños”, pensó el padre con dolor. Pero la madrastra no atendió razones y pasó una hora haciéndole reproches. Y como quien dice A dice B, y el que ha dicho que sí una vez vuelve a decir que sí nuevamente, al final el leñador se dejó convencer. Los niños habían oído toda la conversación y, cuando los padres se durmieron, Hansel se levantó para ir a buscar piedritas, pero esa vez no pudo salir al jardín: ¡la madrastra había cerrado la puerta con llave!

Sin embargo, Hansel no se desanimó y consoló a su hermana diciéndole:

–No llores, Gretel. Y no tengas miedo; todo saldrá bien.

A la mañana siguiente, muy temprano, la mujer zamarreó a los niños y los sacó de la cama. Les dio a cada uno un pedazo de pan, mucho más pequeño del que les había dado antes, y después partieron todos hacia el bosque.

En el camino, Hansel deshizo el pan en miguitas y, de trecho en trecho, se detuvo a tirarlas en el camino.

–Hansel, ¿por qué te detienes? ¿Qué estás mirando? –le preguntó el padre.

–¡Estoy mirando mi palomita que ha volado hasta el techo para decirme adiós! –dijo Hansel.

–¿La palomita? –exclamó la madrastra–. ¡Qué tontería! Es el reflejo del sol sobre la chimenea.

Pero Hansel siguió caminando y sembrando miguitas a lo largo de todo el sendero.

La mujer condujo a los niños hasta el mismísimo corazón del bosque, un lugar adonde jamás habían llegado antes.

También aquella vez encendieron una fogata y la madrastra dijo:

–Quédense aquí, niños. Si tienen sueño, duerman nomás.

Nosotros iremos a cortar leña y a la tarde, antes de volver a casa, vendremos a buscarlos.

A mediodía, Gretel compartió su pedacito de pan con Hansel; después se quedaron dormidos. Pasó la tarde y nadie fue a buscarlos. Cuando se despertaron era noche cerrada; entonces Hansel le dijo a su hermana:

–Espera, cuando salga la luna seguiremos el rastro de las migas que yo sembré y encontraremos el camino a casa, ya verás.

Cuando salió la luna buscaron las miguitas, pero no las encontraron porque durante el día se las habían comido los pájaros del bosque y de los campos. Hansel trató de encontrar





el camino a tuestas, pero fue imposible. Los niños anduvieron toda esa noche, y también el día siguiente, desde la mañana hasta la noche, pero no hallaron la salida.

Por fin comieron algunas frutillas silvestres que habían recogido y se durmieron bajo un árbol, rendidos de cansancio.

Y amaneció el tercer día. Otra vez intentaron hallar el camino a su casa, pero se internaron cada vez más en la espesura del bosque; estaban solos y muertos de hambre.

A mediodía vieron un pajarito blanco como la nieve posado en una rama; cantaba tan dulcemente que se detuvieron a escucharlo. Cuando el pajarito terminó su canto, desplegó las alas y alzó vuelo, pero los niños lo siguieron.

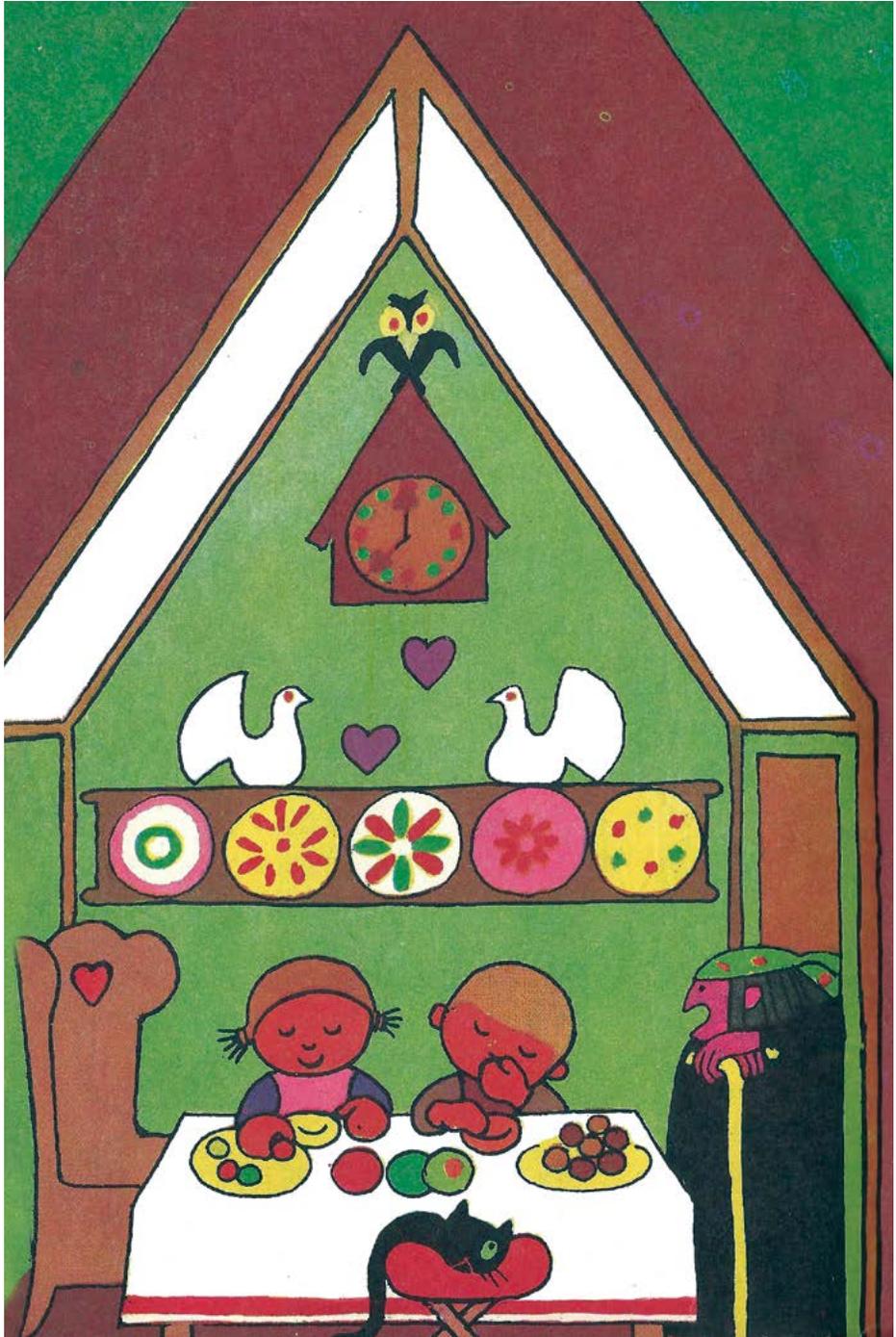
El pájaro voló hasta una casita y se posó en el techo; entonces Hansel y Gretel se acercaron y vieron que la casa era toda de mazapán y golosinas: estaba techada con masitas y los cristales de las ventanas eran de azúcar transparente.

—¡Comamos un pedacito! —dijo Hansel—. Esta casa es un manjar. Yo comeré un poco del techo y tú, Gretel, come un pedazo de ventana... ¡debe de ser dulcísima!

Hansel se estiró todo lo que pudo y sacó un pedacito del techo para probarlo y Gretel comió el borde de la ventana.

En eso estaban cuando escucharon una voz finita dentro de la casa:

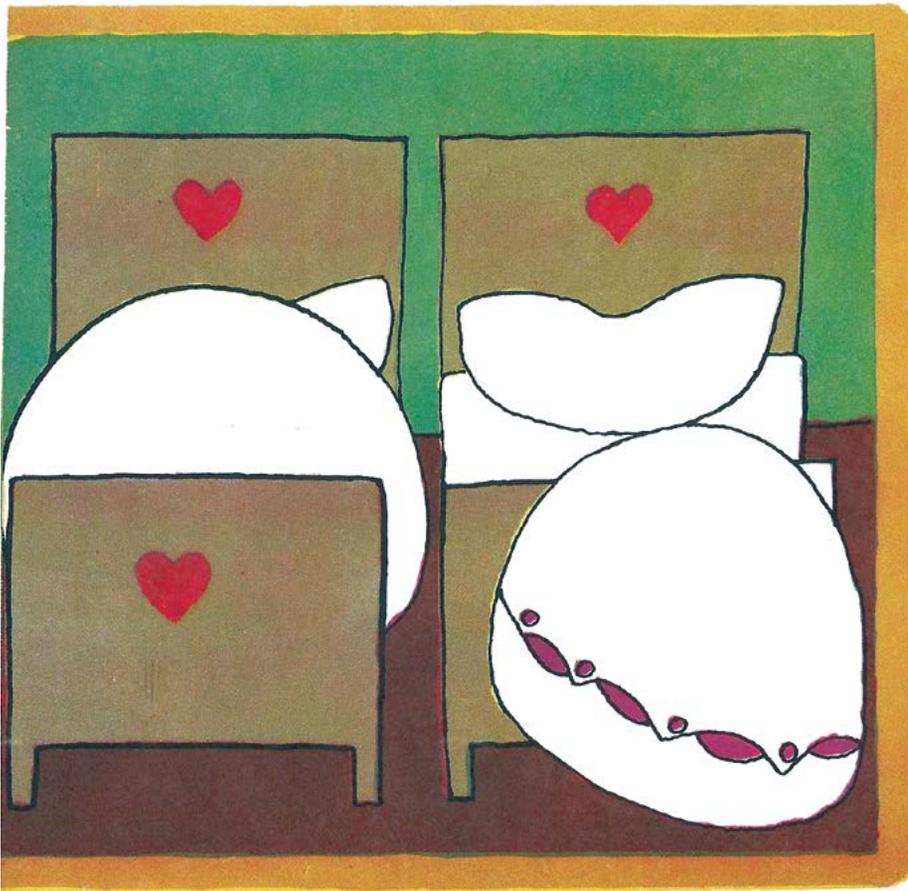
Dientes, dientes de ratón  
comen ventana y portón;  
dientecitos afilados,  
¿quién se come mi techado?



Y los niños contestaron:

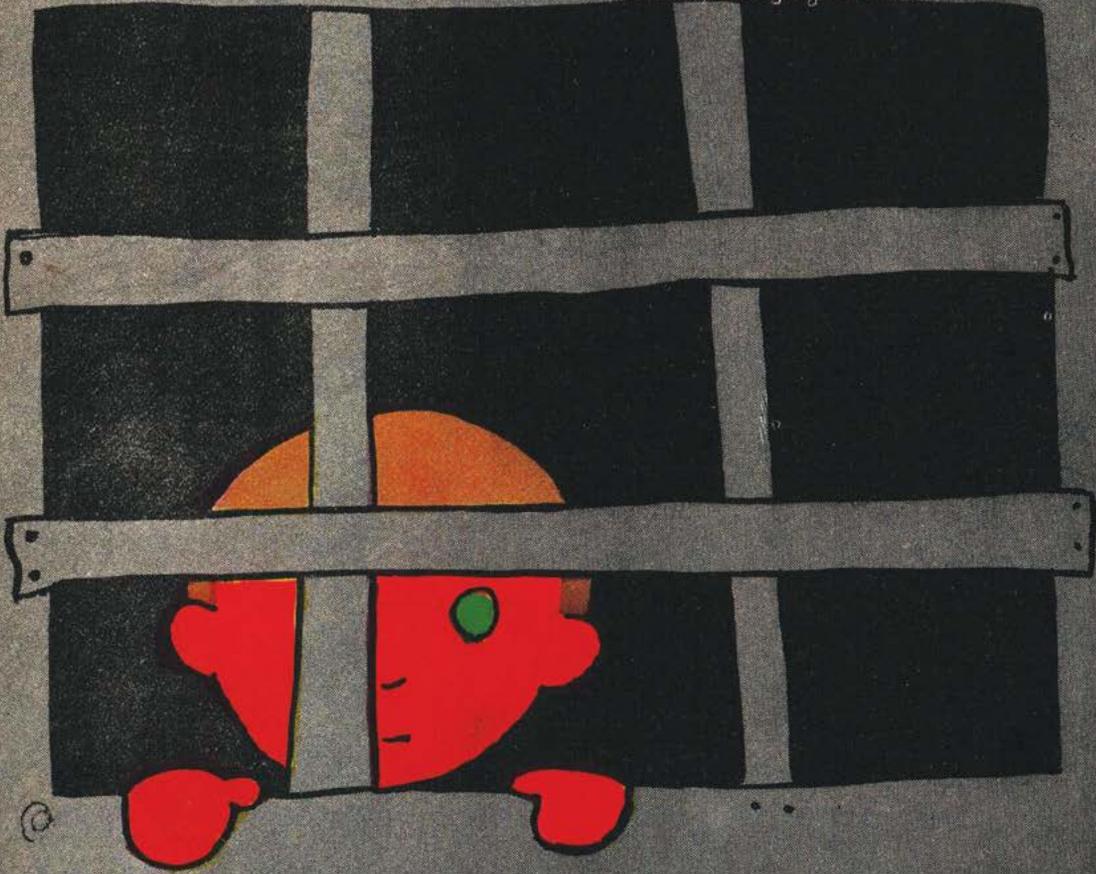
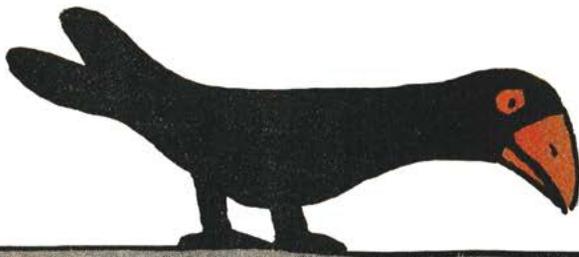
No se preocupe: es el viento  
que ha pasado hace un momento.

Siguieron comiendo, sin preocuparse en lo más mínimo;  
a Hansel el techo le gustó muchísimo y cortó un pedazo  
más grande y Gretel desprendió un gran “cristal” redondo  
de la ventana, se sentó en el suelo y lo saboreó a gusto.



De pronto se abrió la puerta y apareció una vieja que se apoyaba en un bastón. Hansel y Gretel se asustaron y dejaron caer lo que tenían en la mano; entonces la vieja los saludó con la cabeza y les dijo:  
—¿Cómo han llegado hasta aquí, queridos niños? Pasen adentro y quédense conmigo, no me molestarán en absoluto.  
Los tomó de la mano y los hizo pasar a su casita.  
Dentro, vieron una linda mesa tendida, llena de panqueques





y de miel, de caramelos, nueces y manzanas. Después de comer, la vieja les mostró dos camitas blancas y Hansel y Gretel se acostaron. Se sentían tan bien que les parecía estar tocando el cielo con las manos.

Pero aquella vieja que parecía la bondad en persona era en realidad una bruja perversa que había construido la dulce casita para atraer a los niños. Cuando conseguía hacerlos pasar, los mataba, los cocinaba y se los comía alegremente como quien está de fiesta. Tenía los ojos colorados y no veía bien, pero su olfato era poderoso como el de los animales, y cuando se acercaban seres humanos a la casa, la nariz le avisaba. Por eso, cuando olió a Hansel y Gretel a lo lejos, soltó una maligna carcajada y dijo triunfalmente: —¡Los tengo, y no escapan! ¡No, señor!



A la mañana siguiente se levantó muy temprano para contemplar a los niños y al verlos dormir plácidamente con sus mejillas sonrosadas, exclamó:

—¡Muy pronto estaré de fiesta, sí señor!

Enseguida sacó a Hansel de la cama de una oreja, lo llevó a un pequeño establo y lo encerró en una jaula con barrotes. De nada sirvió que Hansel gritase y llorase, porque la bruja fue a ocuparse de Gretel.

—¡Arriba, dormilona! —le gritó—. Tienes que ir a buscar agua y cocinar algo rico para tu hermano que está afuera en el establo. ¡Hay que engordar al niño! ¡Cuando esté gordito me lo comeré, sí señor!



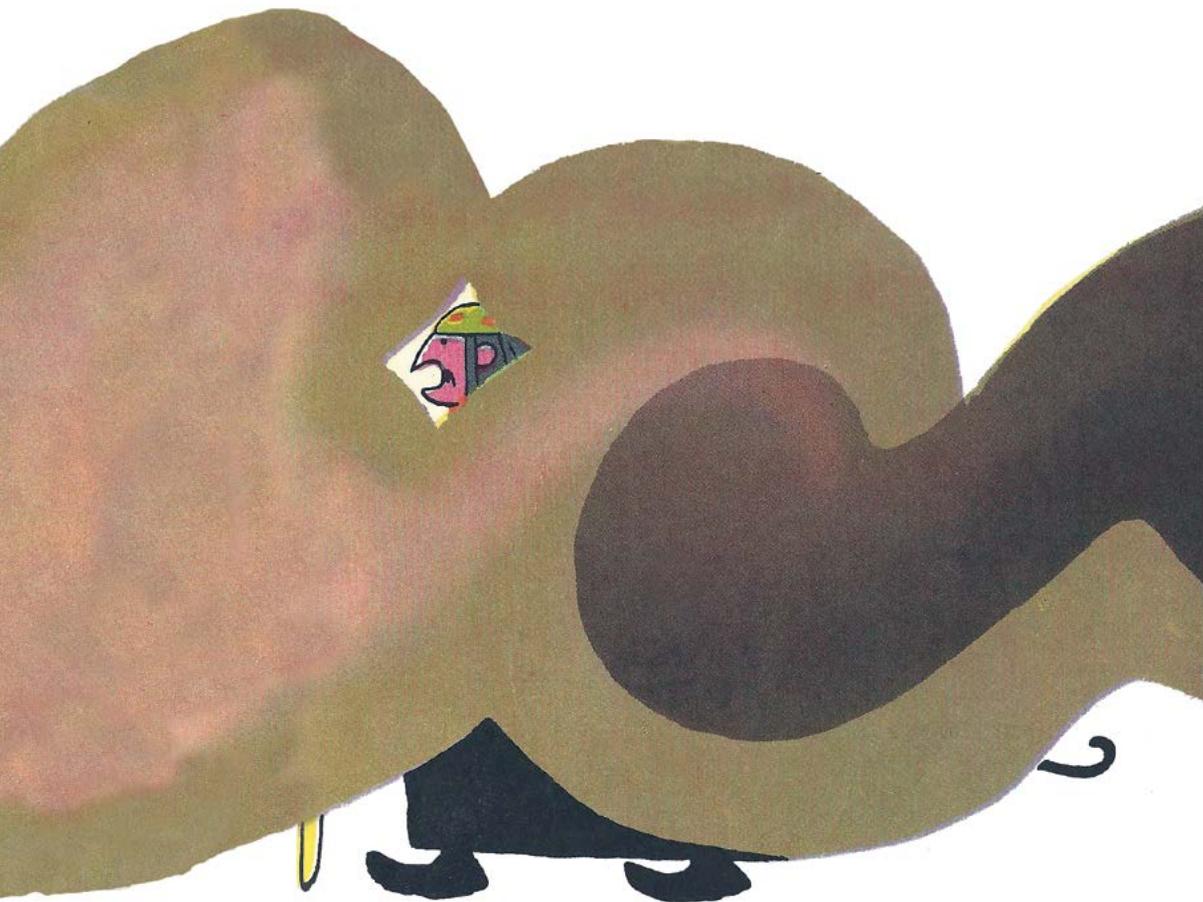
Gretel lloró amargamente, pero fue inútil; no le quedó más remedio que obedecer a la bruja.

Durante muchos días, el pobre Hansel fue alimentado con platos deliciosos, y Gretel tuvo que conformarse con las sobras.

Y, todas las mañanas, la vieja visitaba el pequeño establo y gritaba: —¡Hansel, muéstrame el dedito, para ver si has engordado!

Pero Hansel se las ingeniaba y, en vez del dedo, pasaba por entre las rejas un huesecito de pollo; como no había mucha luz en el establo y la vieja era muy corta de vista, no se daba cuenta del engaño y le parecía un gran misterio que Hansel no engordase.

Al cabo de cuatro semanas, al ver que Hansel seguía flaco por más que comiese, la bruja perdió la paciencia y decidió no esperar más.



–¡Vamos, Gretel, date prisa y trae agua! –le gritó a la niña–. Esté gordo o flaco, mañana mismo me comeré a tu hermano, ¡sí, señor!

Nadie puede imaginarse la pena de Gretel ni cómo las lágrimas le bañaban las mejillas cuando fue a buscar agua.

–¡Dios nos ayude! –dijo llorando–. Si nos hubiesen comido las fieras en el bosque, al menos hubiésemos muerto juntos.

–Guárdate los lamentos –refunfuñó la bruja–, ¡no sirven de nada! Al día siguiente, Gretel tuvo que levantarse, encender el fuego y llenar la pava.

–Primero hornaremos el pan –dijo la vieja–. Ya encendí el horno y preparé la masa.

Y empujó a Gretel hasta la puerta del horno por donde ya asomaban las llamas.

–Métete adentro –ordenó la bruja–, y fíjate si está bastante caliente como para hornear el pan.

Lo que quería era encerrar a Gretel en el horno para comérsela luego, cuando estuviese a punto. Pero la niña adivinó sus intenciones y, como no podía escapar, dijo una mentira para salvarse:

–¿Tengo que entrar en el horno? ¿Y eso cómo se hace?

–¡Niña estúpida! –exclamó la bruja–. ¿No ves que la boca del horno es bien grande? ¡Si hasta yo misma podría entrar!

Para demostrarlo, se inclinó y puso la cabeza en la boca del horno. Entonces Gretel, rápidamente, le dio un empujón, la mandó hasta el fondo del horno, y cerró la puerta y corrió el cerrojo.

La vieja se dio tal susto que se murió enseguida y Gretel corrió adonde estaba su hermano, gritando:

–¡Hansel, estamos libres! ¡La vieja bruja se murió!  
Después abrió la puerta de rejas y Hansel salió como un pájaro al que le abren la jaula. Los dos hermanos, locos de alegría, se besaron, se abrazaron y bailaron. Y como ya no corrían ningún peligro, entraron en la casa de la vieja, revisaron todos los rincones y encontraron muchos cofres con perlas y piedras preciosas.

–¡Son mejores que las piedritas de nuestro jardín! –dijo Hansel mientras se llenaba los bolsillos.

Gretel, por su parte, recogió todas las que pudo en su delantal, porque también ella quería volver a su casa con un tesoro.

–Ahora nos vamos –dijo por fin Hansel–. ¡Ojalá podamos salir del bosque de la bruja!

Se fueron, y después de haber caminado durante horas, llegaron a las orillas de un río muy grande.

–¡No podremos atravesarlo! –suspiró Hansel–. Es un río muy profundo y no se ven puentes.

–Tampoco hay botes –dijo Gretel–. Pero ¡mira! Allí viene un pato blanco: yo le pediré ayuda.

Y le gritó muy fuerte:

Pato que vuelas por las alturas,  
Hansel y Gretel piden ayuda,  
entre tus alas queremos volar  
sobre este río, sobre este mar.

El pato descendió gentilmente y se posó junto a ellos; Hansel montó sobre él y le dijo a su hermana que hiciera lo mismo.

–No –dijo Gretel–. Seríamos una carga muy pesada para el buen pato. Mejor vayamos separados, uno primero y el otro después.

En esa forma atravesaron el ancho río y descendieron en la orilla opuesta.

Después siguieron caminando alegremente hasta llegar a un bosquecito conocido. Y, de ahí en adelante, reconocieron todo lo que veían, hasta que por fin encontraron el sendero que tantas veces habían recorrido y vieron, al final del camino, la casa donde vivían.

Hansel y Gretel corrieron como locos hasta la casa y, cuando llegaron, abrieron atropelladamente la puerta y saltaron a los brazos de su padre.

El leñador no había tenido un minuto de reposo desde que había dejado a los niños en el bosque, y la madrastra se había muerto.

Cuando Gretel desató las puntas de su delantal, las piedras preciosas y las perlas rodaron por el piso del cuarto, mientras Hansel sacaba puñados de brillantes y esmeraldas de sus bolsillos.

Entonces, por fin, se terminaron las penas y los tres vivieron felices y juntos.

Ilustraciones © Magdalena Agnes Lamm (Agi)



## Los clásicos

---

**Pulgarcita** **13**

---

**El ruiseñor** **35**

---

**El caballo volador** **61**

---

**Los tres deseos** **85**

---

**Hansel y Gretel** **117**

---

## Los cuentos de Polidoro

1. *Pulgarcita* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Ajax Barnes.
2. *El gigante y el viento* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Hermenegildo Sábat.
3. *El gato con botas* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Oscar Grillo.
4. *El patito feo* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Ajax Barnes.
5. *Juan y la planta de habas* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Hermenegildo Sábat.
6. *La bella durmiente* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Oscar Grillo.
7. *El soldadito de plomo* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Ajax Barnes.
8. *El viaje de los animales* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Hermenegildo Sábat.
9. *El ruiseñor* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Ajax Barnes.
10. *El traje del emperador* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Ajax Barnes.
11. *Caperucita Roja* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Oscar Grillo.
12. *La Cenicienta* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Oscar Grillo.
13. *Los tres deseos* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Oscar Grillo.
14. *La suerte del leñador* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Napoleón.
15. *Los músicos de Bremen* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Agi.
16. *Alí Babá y los 40 ladrones* Texto: Horacio Clemente / Ilustraciones: Napoleón.
17. *El sastrecillo valiente* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Agi.
18. *Aladino y la lámpara maravillosa* Texto: Horacio Clemente / Ilustraciones: Napoleón.
19. *El ganso de oro* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Agi.
20. *El fuego y los cuentacuentos* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Amalia Cernadas.
21. *Hansel y Gretel* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Agi.
22. *El pozo de las monedas* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Napoleón.
23. *Simbad el marino* Texto: Horacio Clemente / Ilustraciones: Napoleón.
24. *La bolsa encantada* Texto: Horacio Clemente / Ilustraciones: Napoleón.
25. *El cuento de la noche* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Amalia Cernadas.
26. *El caballo volador* Texto: Horacio Clemente / Ilustraciones: Napoleón.
27. *Brita y las nornas* Texto: Yalí / Ilustraciones: Chacha.
28. *El hada Globo Azul* Texto: Neli Garrido de Rodríguez / Ilustraciones: Alba Ponce.
29. *Los dioses campeones* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Amalia Cernadas.
30. *El espíritu del bosque* Texto: Yalí / Ilustraciones: Chacha.
31. *El príncipe sapito* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Agi.
32. *El príncipe que perdió la risa* Texto: Neli Garrido de Rodríguez / Ilustraciones: Alba Ponce.
33. *La selva del Yasí-Yateré* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Amalia Cernadas.
34. *El atado de heno* Texto: Yalí / Ilustraciones: Chacha.
35. *Las aventuras de Pinocho* Texto: Inés Malinow / Ilustraciones: Oscar Grillo.
36. *Pinocho, el gato y la zorra* Texto: Inés Malinow / Ilustraciones: Oscar Grillo.
37. *El árbol de la luna* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Amalia Cernadas.
38. *Pinocho y el hada azul* Texto: Inés Malinow / Ilustraciones: Oscar Grillo.

39. *El duende de la granja* Texto: Yalí / Ilustraciones: Chacha.
40. *Pinocho en el país de los juguetes* Texto: Inés Malinow / Ilustraciones: Oscar Grillo.
41. *La Tierra ya está hecha* Texto: Cristina Gudiño Kieffer / Ilustraciones: Ajax Barnes.
42. *Pinocho y la ballena* Texto: Inés Malinow / Ilustraciones: Oscar Grillo.
43. *Teseo y el minotauro* Texto: Cristina Gudiño Kieffer / Ilustraciones Ajax Barnes.
44. *Meñique* Texto: Beatriz Mosquera / Ilustraciones: Alba Ponce.
45. *En el país de los gigantes* Texto: Yalí / Ilustraciones: Chacha.
46. *La pajarita de papel* Texto: Yalí / Ilustraciones: Ruth Varsavsky.
47. *Pandora* Texto: Cristina Gudiño Kieffer / Ilustraciones Ajax Barnes.
48. *La cigarra y la hormiga* Texto: Beatriz Barnes / Ilustraciones: Marta Gaspar.
49. *Las aventuras de Ulises* Texto: Cristina Gudiño Kieffer / Ilustraciones: Ajax Barnes.
50. *El rey y el leopardo* Texto: Beatriz Barnes / Ilustraciones: Marta Gaspar.
51. *La flecha mágica* Texto: Cristina Gudiño Kieffer / Ilustraciones: Ajax Barnes.
52. *U-Lan. El hombre de la luna* Texto: Yalí / Ilustraciones: Ruth Varsavsky.
53. *Las trampas del Curupí* Texto: Yalí / Ilustraciones: Ignacio Corbalán.
54. *El ratón azul* Texto: Aurelio Queirolo / Ilustraciones: Gioia Fiorentino.
55. *Las alas de Bolita* Texto: Yalí / Ilustraciones: Ruth Varsavsky.
56. *La zorra y las uvas* Texto: Beatriz Barnes / Ilustraciones: Marta Gaspar.
57. *El gigante Jacinto* Texto: Beatriz Mosquera / Ilustraciones: Alba Ponce.
58. *Bambú, el elefante negro* Texto: Yalí / Ilustraciones: Ruth Varsavsky.
59. *El cumpleaños de la Tía Emilia* Texto: Aurelio Queirolo / Ilustraciones: Gioia Fiorentino.
60. *El tesoro de los incas* Texto: Yalí / Ilustraciones: Ignacio Corbalán.
61. *La lechera y el cántaro* Texto: Beatriz Barnes / Ilustraciones: Marta Gaspar.
62. *El castillo del sol* Texto: Yalí / Ilustraciones: Ruth Varsavsky.
63. *La hija de la tierra* Texto: Yalí / Ilustraciones: Ignacio Corbalán.
64. *El elefante triste* Texto: Aurelio Queirolo / Ilustraciones: Gioia Fiorentino.
65. *La tortuga y los patos* Texto: Beatriz Barnes / Ilustraciones: Marta Gaspar.
66. *Anguyá el invisible* Texto: Yalí / Ilustraciones: Ignacio Corbalán.
67. *Los mellizos de la Pachamama* Texto: Yalí / Ilustraciones: Ignacio Corbalán.
68. *Los sueños de José* Texto: Beatriz Barnes / Ilustraciones: Ajax Barnes.
69. *La rebelión de Marfisa* Texto: Aurelio Queirolo / Ilustraciones: Gioia Fiorentino.
70. *El viaje de Jonás* Texto: Beatriz Barnes / Ilustraciones: Ajax Barnes.
71. *El mundo de Don Quijote* Texto: Cristina Gudiño Kieffer / Ilustraciones: Oscar Grillo.
72. *El arroyo cantarín* Texto: Aurelio Queirolo / Ilustraciones: Gioia Fiorentino.
73. *La descomunal batalla de Don Quijote* Texto: Cristina Gudiño Kieffer / Ilustraciones: Oscar Grillo.
74. *El gato Perejil* Texto: Beatriz Mosquera / Ilustraciones: Alba Ponce.
75. *El arca de Noé* Texto: Beatriz Barnes / Ilustraciones: Ajax Barnes.
76. *Don Quijote, el Caballero de los Leones* Texto: Cristina Gudiño Kieffer / Ilustraciones: Oscar Grillo.

77. *David y Goliat* Texto: Beatriz Barnes / Ilustraciones: Ajax Barnes.  
 78. *Sancho Panza, gobernador* Texto: Cristina Gudiño Kieffer / Ilustraciones: Oscar Grillo.  
 79. *Jehová y la creación del mundo* Texto: Beatriz Barnes / Ilustraciones: Ajax Barnes.  
 80. *La vuelta de Don Quijote* Texto: Cristina Gudiño Kieffer / Ilustraciones: Oscar Grillo.

De: *Más libros para más. Colecciones del Centro Editor de América Latina.* Buenos Aires, Ediciones Biblioteca Nacional, 2007.



Ejemplar de distribución gratuita. Prohibida su venta.

**Afiche  
de promoción  
en vía pública**

**1967**



tomo  
Nº

2

Pulgarcita  
El ruiseñor  
El caballo volador  
Los tres deseos  
Hansel y Gretel



Ejemplar de distribución gratuita. Prohibida su venta.